LOS HOMBRES de la historia

72

La Historia Universal a través de sus protagonistas

Richelieu

Centro Editor de América Latina

Jean Quéniart



LOS HOMBRES de la historia 72

Personaje fascinante, Richelieu es odiado o admirado pero nunca suscita indiferencia. Nacido en París en 1585 en el seno de una familia de antigua nobleza pero bastante pobre, el azar más que la vocación decidió que se encaminara hacia la carrera religiosa pero se entregó a su destino con la ambición que siempre lo acompañará en su carrera. Por sus destacadas aptitudes intelectuales, por su voluntad, por sus relaciones, se convirtió primero en un promisorio joven prelado y más tarde en el centro político de Francia. Entregado por entero al servicio del Rey, excluyó de sus sentimientos toda otra pasión y brindó al soberano cualidades no comunes. Seguramente una inteligencia brillante que, según se ha dicho, "tenía el don de percibir lo esencial en los diferentes aspectos de una situación, una aptitud semejante para discernir lo general y lo particular, la imaginación creadora que permite proyectar las mayores acciones, el buen sentido que aleja las quimeras, una sorprendente capacidad de trabajo y un equilibrio que raramente se alcanza entre la potencia de las ideas y el interés por el detalle". A su muerte en 1642, después de dieciocho años de ministerio, numerosos problemas subsisten; sin embargo, a pesar de las apariencias, la suya fue una época decisiva en la historia de la monarquía francesa. Sería abusivo, en verdad, atribuir el mérito sólo al Cardenal: más allá de los individuos, otras fuerzas sociales, económicas y políticas, se dan con la misma tendencia que es la de una unificación progresiva del reino y la del resurgimiento de su posición en Europa. Lo que guía a Richelieu, apasionadamente devoto del principio monárquico, es la razón de estado confundida con el servicio del Rey.

Este esfuerzo de unificación, de racionalización, es también el de una época: los años de Richelieu son los años del Discurso del Método de Descartes, los años donde la lengua y las costumbres - al menos en las capas de la sociedad que participan de los beneficios de la cultura - se pulen y se fijan. En marcha hacia el clasicismo, Francia se despoja de los viejos particularismos, las fantasías o los privilegios locales. Haber comprendido la necesaria evolución del tiempo y, por ende, haber sido uno de los motores de ella, es la verdadera grandeza de Richelieu y es lo que hace de él un incuestionable protagonista de la historia. Esa Francia en mutación que pasa progresivamente del estadio feudal al de la monarquía absoluta fue la arcilla que él transformó con todas sus fuerzas. Continuada por los hombres de su equipo - ante todo por Mazarino - la obra será proseguida y a pesar de las dificultades, explica por sí misma la grandeza de la primera parte del reinado siguiente.

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Lisa Baruffi, Mirella Brini, Ido Martelli, Michele Pacifico.

72. Richelieu - Los estados nacionales

Este es el quinto fascículo del tomo Los estados nacionales.
La lámina de la tapa pertenece a la sección Los estados nacionales, del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Ilustraciones del fascículo Nº 72:
Arborio Mella: p. 122 (2).
Bulloz: p. 118 (3); pp. 126-127; p. 132 (1,2,3,4)
Falchi: p. 115 (1); p. 118 (2); p. 122 (1); p. 135 (1).
Museo del Louvre: p. 131 (1,2,3).
Ségalat: p. 118 (1); p. 121 (1,2,3); p. 124 (1,2) p. 128 (1,2,3,4,5,6,7); pp. 136-137 (1-5); p. 138 (1,2).

Traducción de Margarita Pontieri

Centro Editor de América Latina S. A.
Piedras 83 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A. - Luca 2223, Buenos Aires, en agosto de 1969.

Richelieu

Jean Quéniart

1585
Nacimiento de Richelieu en París.

1594
Richelieu entra al colegio de Navarra, en París.

1602
Se destina a la carrera eclesiástica.

1606-1607
Viaja a Roma.

1608
En pleno invierno, Richelieu llega a su obispado de Luçon.

1610
14 de mayo: asesinato de Enrique IV. Asciende al trono Luis XIII. Regencia de María de Médicis.

1614-1615
De octubre de 1614 a febrero de 1615, asamblea de los Estados Generales.
23 de febrero de 1615: arenga de Richelieu en la sesión de clausura de los Estados Generales.

1616
Richelieu es enviado en misión oficial ante Condé.
Setiembre: Richelieu entra en el Consejo.

1617
Abril: asesinato de Concini. Richelieu acompaña a María de Médicis en su exilio de Blois.

1618
Richelieu se exilia en Aviñon. Publicación de *Principaux points de la foi catholique* (Los principales puntos de la fe católica).

1619
Marzo: Luis XIII envía a Richelieu ante María de Médicis.

1621
Diciembre: muerte de Luynes.

1622
Setiembre: Richelieu es cardenal.

1624
Abril: retorno de Richelieu al Consejo.

1625
Mayo: casamiento de Carlos I de Inglaterra con Enriqueta de Francia.

1626
Febrero: paz de La Rochela con los protestantes sublevados; marzo: paz de Monçon con España: Richelieu expone ante la Asamblea de Notables su programa de reformas.

1627
Ejecución del conde de Montmorency.
Verano: iniciación de la guerra con Inglaterra; setiembre: sitio de La Rochela.

1628
29 de octubre: toma de La Rochela.
Comienzo del asunto de la sucesión del ducado de Mantua. Proyecto de la compañía de Nueva-Francia.

1629
15 de febrero: Richelieu y Luis XIII parten para Italia; 27 de junio: edicto de Alès. A continuación Richelieu concluye la pacificación del Mediodía.

1630
29 de marzo: expedición a Italia. Toma de Pignerol. Oposición del partido devoto a la política de Richelieu.
Setiembre: grave enfermedad de Luis XIII.
10 de noviembre: jornada de *Dupes* (de los engañados).
Alemania: dieta de Ratisbona.

1631
Enero: tratado de alianza entre Francia y el rey de Suecia, Gustavo Adolfo. Mayo: tratado entre Francia y Baviera.
20 de julio: María de Médicis abandona Francia y se reúne con el hermano del rey en territorio español. Luis XIII transforma el dominio de Richelieu en ducado de par.

1632
Enero: tratado entre Francia y el duque de Lorena. Junio: el hermano del rey entra en Francia a la cabeza de un ejército de mercenarios. Julio: revuelta del duque de Montmorency en Languedoc.
30 de octubre: ejecución de Montmorency.

1633
Agosto-setiembre: ocupación de la mayor parte de Lorena.

1634
Proceso de Urbain Grandier.

1635
Febrero-abril: renovación de la alianza con las Provincias-Unidas y Suecia.
19 de mayo: declaración de guerra a España.
Fundación de *L'Academie Française*. Inauguración del pequeño teatro del Palais Cardinal.
Richelieu coloca la piedra fundamental de la capilla de la Sorbona.

1636
Declaración de guerra del emperador a Francia. En el norte los españoles amenazan París, mientras que en el este los imperiales invaden Borgoña.
Disturbios en varias regiones francesas.
14 de noviembre: toma de Corbie.
Diciembre: *El Cid*, de Corneille, es representado inmediatamente después en la escena del Palais Cardinal.

1637
Julio: negociaciones secretas entre Richelieu y España. 17 de agosto: la reina de Francia, Ana de Austria, confiesa su correspondencia con los españoles.

1638
Primeros éxitos militares franceses.
18 de diciembre: muerte del padre Joseph.
5 de setiembre: nacimiento del Delfín, el futuro Luis XIV.

1639
Triunfo francés. Proceso del duque de la Valette. Cinq-Mars, favorito de Luis XIII. Revuelta de los Pies Descalzos en Normandía.

1641
16 de febrero: limitación de las atribuciones políticas de los Parlamentos.
30 de diciembre: Mazarino recibe la investidura de cardenal.

1642
Junio: se denuncia la conjuración de Cinq-Mars, que es ejecutado en setiembre.
4 de diciembre: muerte del cardenal de Richelieu.

1643
14 de mayo: muerte de Luis XIII. Advenimiento de Luis XIV.
19 de mayo: victoria de Rocroi sobre los españoles.

"Tan admirado como odiado" . . ., el juicio de Voltaire mantuvo su vigencia a través de los siglos. Richelieu es uno de esos personajes que fascina: tiene adversarios y partidarios; su personalidad rechaza la indiferencia. De los grandes hombres de lo que se ha llamado, quizás algo apresuradamente, el gran siglo francés, es sin duda uno de los que han suscitado —excluyendo las obras históricas— la más vasta literatura. Los románticos, ceñidos a la exaltación del individuo y del sentimiento, han visto en él el símbolo de todo lo que detestaban; toda una corriente de sensibilidad se identificó con el personaje de *Marion de Lorme*, de Hugo y Richelieu fue entonces "el hombre rojo que pasa" en su siniestra y gigantesca litera, después de la ejecución del amante de Marion, cuyo pedido de gracia acaba de rechazar. Los nacionalistas de todas las épocas ven en él a uno de los artífices de la unidad y grandeza de Francia; "los hombres de la Revolución se remitían a Richelieu para combatir a Austria e incluso Clémenceau cuando consumaba la ruina de los Habsburgo ofrendaba a los manes del cardenal", escribió entre las dos guerras el historiador Jacques Bainville. El hombre y su obra provocaron en todas las épocas y en primer lugar en la suya, reacciones contradictorias.

La formación de un joven noble

Armand Jean du Plessis de Richelieu nace en 1585 en París. Su familia, de nobleza antigua pero bastante pobre, está establecida en Richelieu (en el actual departamento de Indre-et-Loire) —dominio mediocre— desde varias generaciones atrás. Su padre, François du Plessis, fiel a la monarquía durante las guerras de religión, muere en 1590, empobrecido por los pillajes y por especulaciones poco felices. El futuro ministro es educado por dos mujeres, su abuela paterna Françoise de Rochechouart, de gran linaje pero sin fortuna y por su madre, Suzane de la Porte, de origen burgués ya que es hija de un abogado del Parlamento de París, quien sin embargo no aportó a la familia lo necesario para volver a hacer brillar el blasón de los Richelieu. Toda su juventud se desarrolla en el malestar económico.

Tal como su padre y su tío lo habían hecho antes que él, Richelieu entra a los nueve años en el colegio de Navarra, en París. Sigue el ciclo normal de estudios, orientado básicamete hacia el aprendizaje de las lenguas antiguas y la filosofía; desde ese momento manifiesta ya grandes aptitudes y una marcada ambición. Terminada su formación escolar entra en la Academia dirigida por de Pluvinel, caballerizo mayor del rey. Esta institución tenía por propósito fomentar en los jóvenes nobles el arte de vivir en el mundo, logrando mantener su rango. Se enseñaba equitación, esgrima, danza, compostura; se modelaban los caracteres ejercitándolos en el mando.

Su origen, su formación, deberían haberlo encaminado hacia el estado militar. En eso pensaba; pero el azar decidió otra cosa. Desde el reinado de Enrique III, la familia disponía del obispado de Luçon que en realidad tenía una renta bastante magra; Richelieu lo llamará "el más miserable de Francia". Pero una familia tan escasamente adinerada no podía permitirse abandonarlo y este obispado estaba por lo tanto destinado al hermano mayor de Richelieu, que desde la edad de doce años —hecho corriente en esta época— había recibido el título y percibía sus rentas. Mas, convertido en adulto, decidió hacerse cartujo (y sólo saldrá del claustro por la presión de su hermano —ya ministro— para convertirse en arzobispo de Lyon); es por esta razón que el último y tercer hijo, Armand, se volcó sin particular vocación —situación también corriente entonces— hacia el estado eclesiástico.

Tenía en ese momento 17 años. Cualesquiera fuesen sus sentimientos se entregó con ardor a este nuevo destino con la ambición, que siempre lo acompañará, de triunfar en él. Retoma en el colegio de Navarra sus estudios de filosofía y se dedica más tarde a la teología. Su trabajo intensivo agrava sin duda los trastornos nerviosos que sufre desde la infancia y que las fatigas del poder perpetuarán durante toda su vida; siempre se esfuerza en ser el mejor. Cinco años antes de la edad canónica, a los 19 años, el rey Enrique IV a quien corresponde esta prerrogativa, lo nombra obispo y pide a Roma la dispensa necesaria.

Esta tarda en llegar; para obtenerla, Richelieu parte en 1606 hacia Roma. Será, si exceptuamos sus estadías posteriores en Aviñon, territorio pontificio desde la Edad Media pero enclavado en tierra francesa, su único viaje al extranjero. En Roma aprende el italiano y el español y estrecha relaciones con algunos miembros del Sacro Colegio que le resultarán valiosísimas. Rápidamente adquiere cierto renombre en las "disputas", esas controversias públicas sobre un tema determinado que, tanto en Roma como en París, eran uno de los ejercicios intelectuales favoritos de la época. Pronto recibe del papa las dispensas necesarias y es consagrado en Roma en abril de 1607. Poco tiempo después vuelve a París y culmina sus estudios con la defensa de notables tesis que le proporcionan el honor de predicar ante la corte.

Un obispo de la reforma católica

Por sus destacadas aptitudes intelectuales, por su voluntad, por sus relaciones, el hijo de una honorable pero modesta familia noble se ha convertido de este modo en un promisorio joven prelado. Se manifiesta entonces otro rasgo de su carácter; incorporado a la Iglesia Católica casi por azar, se revela un obispo concienzudo. En pleno invierno de 1608 parte hacia Luçon en una carroza prestada por un amigo. A pesar de amar el lujo y la apariencia brillante, la mediocridad material dominará su imagen durante todo este período. "Soy mendigo, confesará, al punto que no puedo jugar al opulento". De algún modo su partida revela ya habilidad pues responde al deseo de Enrique IV de ver a los obispos residir en sus diócesis; pero en esta fecha es también el resultado de una sincera convicción y de un afán de acción insatisfecho hasta entonces. Sin embargo nunca pierde de vista a la capital; muy pronto dispone en París de un alojamiento y siempre responde a sus corresponsales. A través de su hermano Enrique, que pertenece al círculo de la reina madre Catalina de Médicis, viuda de Enrique IV después del asesinato de 1610, mantiene su relación con la corte.

Luçon no es más que un modesto obispado, pero de ningún modo un cargo de poca tarea. Próximo a La Rochela, una de las capitales del protestantismo, esta diócesis casi se ha convertido en frontera del catolicismo. En la misma Luçon, ciudad pequeña de algunos miles de habitantes, el estado de la catedral simboliza evidentemente el de la diócesis: bóvedas agrietadas, aguja volteada, pórticos con esculturas dañadas por los protestantes, todo muestra la marca de recientes luchas que nadie puede asegurar que no renazcan. En esta diócesis devastada, la acción de Richelieu se hace sentir muy rápidamente; en algunos años, la catedral —nuevo símbolo— se restaura y el palacio episcopal es reconstruido.

A su llegada debe poner fin —de un modo u otro— a la oposición más o menos declarada de los canónigos: el capítulo no tenía el hábito de ver al obispo residir en su obispado; en su ausencia los canónigos gobernaban de hecho la diócesis y habían adquirido privilegios exagerados. Con el clero restante, los problemas, si bien diferentes, no eran menores. En las parroquias, el clero secular y los regulares de las órdenes religiosas se disputaban la autoridad espiritual. Otros problemas eran aún más graves pues comprometían gravemente la vida espiritual de los fieles: el reclutamiento del clero era, como en la mayoría de las diócesis francesas, marcadamente insuficiente tanto en calidad como en cantidad. La instrucción de los sacerdotes era extremadamente elemental: bastaba conocer algo de latín, poseer los conocimientos necesarios para suministrar los sacramentos e incluso no todos alcanzaban ese nivel. Son muchas las parroquias donde ya no se dan sermones ni catecismo



1

1. Philippe de Champaigne, Retrato del cardenal Richelieu. *Museo de Versalles* (Falchi).

y la piedad de los fieles no recibe ni el menor aliento intelectual.
El Concilio de Trento, en el siglo anterior, había señalado esos males y esbozado los remedios. Pero como consecuencia de la oposición de los círculos galicanos, prontos a temer todo acrecentamiento de la autoridad papal sobre la iglesia francesa, esos decretos aún no habían sido recibidos oficialmente en Francia; es en 1614, cuando la Asamblea del Clero declarará su adhesión a las decisiones del Concilio, que aquellas serán lentamente aplicadas. Sin embargo ya antes de esa fecha un cierto número de obispos comenzó a reformar sus diócesis en el sentido deseado por el Concilio. Entre ellos estuvo Richelieu; en marzo de 1609 convoca por primera vez en Luçon a una asamblea sinodal citando a los principales miembros de su clero que son así asociados a las reformas.
El conjunto de las medidas tomadas constituye, en esa diócesis, el primer esfuerzo de reforma del clero. Richelieu restableció la disciplina entre sus sacerdotes: les prescribió el recitado cotidiano del breviario y los conminó a respetar las reglas en la celebración de la misa o la administración de los sacramentos, todo ello caído en desuso desde tiempo atrás. Les ordena predicar el catecismo cada domingo y enseñar a los fieles al menos el *Pater, Credo* y los diez mandamientos en lengua vulgar. Les prohibió además todo aquello que comprometía en esa época la dignidad del clero, frecuentar las ferias o participar en juegos de azar. Por último les exigió completar la formación eclesiástica reuniéndose, por ejemplo, cada semana en las parroquias principales. Para controlar el celo y los progresos de los sacerdotes visitaba o hacía visitar las parroquias de su diócesis.
Para consolidar el futuro de este progreso Richelieu funda en 1611 uno de los primeros seminarios franceses del siglo XVII. Los comienzos fueron difíciles; en 1616 Richelieu decide entonces confiar la dirección a la joven congregación de los oratorianos, fundada cinco años antes por Bérulle, quien se comprometió a educar a diez niños de la parroquia encaminándolos hacia el sacerdocio. Después de 1620, ante la ausencia del obispo, ya acaparado por los asuntos de la corte, el establecimiento decae; en 1625 sólo hay un único religioso que enseña lectura, escritura y catecismo a algunos niños. De cualquier modo Richelieu había logrado mostrar cómo buen número de reformas eran posibles para un obispo enérgico dispuesto a residir en su diócesis.
Su atención se extendió también a los fieles; igualmente ahí restableció el orden y la disciplina, condenó las supersticiones y se preocupó, en especial, en esa región tan afectada por el protestantismo, en convertir o reconvertir. Inaugura en su dió-

cesis las misiones que, durante algunas semanas, ofrecen a un pequeño grupo de parroquias los medios para intensificar la vida espiritual y a través del ejemplo favorecen el retorno a Dios; se generalizarán, en las décadas siguientes, en numerosas diócesis. Con el mismo propósito funda dos conventos de capuchinos, predicadores muy populares. Su actitud hacia los protestantes revela firmeza y tolerancia; en una obra de polémica religiosa, *Los puntos principales de la fe católica*, que publica en 1618 recomienda mayor vehemencia para con la herejía que frente a los heréticos. Ansía evidentemente la conversión pero se niega a utilizar otras armas que no sean las religiosas; parece ser, por otra parte, que el catolicismo progresó durante su obispado en la diócesis de Luçon.

Sin duda Richelieu no es un obispo de gran dimensión; carece del esplendor espiritual necesario. Pero ha sido al menos, durante algunos años, un escrupuloso servidor de la Reforma católica deseada por el concilio de Trento, lo que no era demasiado frecuente en el episcopado francés de la época. Antes que el personaje alcance dimensión nacional no parece desdeñable haber evocado este aspecto menos conocido de la vida de Richelieu, uno de los primeros en cumplir la tarea que, imitada lentamente en cada diócesis, asegurará durante el siglo XVII el resurgimiento del catolicismo en Francia.

Un joven prelado de éxito

En Luçon sin embargo Richelieu apenas controla sus ímpetus; su ambición aspira a un cuadro más vasto y desde que se vislumbra su carrera política abandonará cada vez más frecuentemente el obispado. En 1610 ensaya destacarse; tienta sin lograrlo ser representante de la arquidiócesis de Bordeaux, de la cual forma parte Luçon, en la Asamblea del Clero convocada en París. Es en esta misma época que escribe para utilizar un "exilio" que se prolonga, las *Instructions et maximes que je me suis données pour me conduire à la Cour* (Instrucciones y máximas que me he dado para conducirme en la corte), que evidencian claramente la ambición, habilidad y minucia de su autor. En el mismo año, el asesinato de Enrique IV, la regencia de su viuda María de Médicis, descendiente de los grandes duques de Toscana, le parecen ocasión propicia para tentar su chance. Inmediatamente el impaciente joven envía a la regente una declaración de fidelidad tan exagerada y torpe que sus amigos juzgan más conveniente no remitirla a su destinataria. Parte entonces él mismo hacia París; bien acogido no obtiene nada inmediatamente. De ahí en adelante, sin embargo, el tiempo trabaja para él como igualmente lo hacen sus relaciones del círculo de la reina madre, su hermano en primer lugar. Vuelve a la provincia pero Luçon pasa ahora a un segundo plano en sus preocupaciones.

Por fin en 1614 surge su primera ocasión de sobresalir. María de Médicis, bajo la presión de la alta nobleza, se ha visto obligada a prometer la reunión de los Estados Generales (de los tres órdenes: nobleza, clero y burguesía o tercer estado); la apertura de la asamblea se realiza el 26 de octubre en París y en ella Richelieu es diputado del clero de su provincia. Las divergencias entre los tres órdenes impiden toda reforma positiva; los decretos del Concilio de Trento no son adoptados oficialmente como lo hubiera deseado el clero. De hecho ninguna reforma financiera es verdaderamente aceptada por el conjunto de la asamblea ni la supresión de la venalidad de los cargos es admitida. Aclaremos que desde el siglo precedente el Estado vendía un número creciente de cargos llamados "oficios" y como su situación financiera le impedía reembolsar este pago, en caso de falta no podía destituir a los "oficiales" que habían comprado sus nombramientos y que incluso podían transmitirlos a sus herederos; como muchos de los representantes del tercer estado habían comprado sus cargos, la adhesión a cualquier proyecto que trabara el sistema por parte de ese sector era muy tibia. Problemas semejantes provocaban la supresión de las pensiones a los nobles o la reducción de la talla, el principal impuesto directo que castigaba básicamente a los campesinos. Entre esos sectores que no se entienden Richelieu sabe destacarse y asumir notoriamente el papel de negociador entre nobleza y clero. Finalmente los príncipes que esperaban de esa asamblea la tutela de la monarquía en beneficio propio, fracasan; de hecho la ineficacia de esa reunión refuerza la posición de la regente a cuyo partido Richelieu muy hábilmente había adherido sin demasiado compromiso.

El 25 de febrero de 1615 Richelieu —insigne honor para un obispo tan joven— pronuncia en nombre del clero la arenga de clausura de los Estados; su discurso es notable. Sostiene las tesis tradicionales del clero pero con un sentido de conciliación y una altura de miras que le permite no disgustar a nadie, incluso a los mismos protestantes a quienes recomienda combatir sólo con "nuestros ejemplos, instrucciones y plegarias". Aprueba hábilmente la política de la regente y en especial los proyectos de casamiento entre la hermana mayor de Luis XIII y el príncipe de Asturias y el mismo Luis XIII y Ana de Austria que implicaban una reconciliación con la España de los Habsburgo y, por lo tanto, un vuelco en la política del último período del reinado de Enrique IV. Deseaba además el ingreso en los Consejos del Rey de un eclesiástico, más alejado del mundo y más independiente que un laico. Para coronar el todo, un cumplido a María de Médicis; este astuto oportunista supo así enmascarar su ambición con el interés general y atraerse los favores de la corte sin malquistarse con persona alguna.

Primera experiencia del poder

Al término de esos Estados, Richelieu vuelve a su provincia pero ya no por mucho tiempo. Algunos meses más tarde es nombrado limosnero de la futura reina Ana de Austria, lo que le asegura desde ese momento una situación en la corte; se establece en París en una modesta casa cerca del Louvre. Todavía unos meses más y en 1616 las dificultades que enfrenta la monarquía lo colocan en un primer plano. En efecto, los príncipes continuaban su política de hostigamiento a la institución real; el príncipe de Condé, rodeado de una clientela que se ramificaba hasta el infinito, retoma las armas para obligar a la regente a pactar con él; el hecho es riesgoso y de importancia ya que se trata de saber si la monarquía será o no controlada por la nobleza. Cuando María de Médicis intenta negociar con el príncipe elige como emisario a Richelieu, que no ocupa función en la corte y puede por lo tanto servir los propósitos de una diplomacia semioficial. Richelieu persuade a Condé de que vuelva a París y le ofrece un lugar en el Consejo del Rey. Condé es muy popular en la capital pero está lejos de sus tropas y de su base de operaciones; es vulnerable. El 1º de setiembre de 1616 se lo arresta. Para Richelieu, cuya habilidad permitió este vuelco, la recompensa se produce inmediatamente. La regente lo estima un hombre de primerísimo plano. Concini también lo piensa; éste es, con su mujer Leonora Galigaï, hermana de leche de María de Médicis y llegada con ella a Francia, el consejero más escuchado, el favorito de la regente y además muy poco popular.

A los treinta años, en 1616, Richelieu entra en el Consejo del Rey: se convierte en secretario de Estado de Guerra y Asuntos Extranjeros.

En realidad el regalo no carece de espinas. La posición personal de Richelieu no es cómoda. Desde 1614 se ha declarado abiertamente en favor de la política proespañola de María de Médicis: los embajadores venecianos, generalmente bien informados, dejan entrever a su gobierno que el nuevo ministro está a sueldo de Madrid y el nuncio se regocija de ver entrar al Consejo a un personaje aparentemente tan devoto como Richelieu a la causa del catolicismo, identificada, por todos aquellos que no comparten las ideas galicanas, con la política española. Al

mismo tiempo el nuevo ministro percibe los peligros de una sumisión ciega a esta política; siente la necesidad de un contrapeso a la alianza estrecha de los Habsburgo de España y de Austria. Rápidamente envía a los príncipes alemanes —notoriamente a los protestantes, antiguos aliados de Francia— al protestante Schomberg para asegurarles la buena voluntad del rey de Francia.

A esta dificultad —el hecho es que Richelieu sólo puede matizar la política exterior seguida en los años precedentes sin llegar a quebrarla como ya seguramente lo desea— se agrega la debilidad política de Francia que sin metálico, sin dirección firme, ha perdido el lugar que ocupaba en la Europa de 1610. En estas condiciones, las ambiciones diplomáticas sólo pueden ser modestas y Richelieu lo recordará más tarde. En Italia, donde quisiera que Francia hiciera sentir su presencia, fracasa en sus tentativas de mediación entre España y el duque de Saboya o entre Venecia y el archiduque de Estiria. En el Imperio, donde busca un candidato a la sucesión, evita una candidatura española que produciría el riesgo de la reconstitución del imperio de Carlos V, para Francia el peor peligro. A falta de otro candidato debe aceptar sin embargo al archiduque de Estiria, Habsburgo de Austria.

Carente de tiempo y de medios, sus logros son pues limitados; pero este corto período es para él sólo un excelente ensayo. Experimenta los procedimientos que muy pronto le serán familiares. Es así como emplea junto a los diplomáticos habituales a hombres de confianza como el padre Joseph; este capuchino inteligente y buen conocedor de Europa será, al servicio del ministro y tal como lo apodarán más tarde, la Eminencia Gris. Igualmente se esfuerza en modelar la opinión pública haciendo circular memorias favorables a su política redactadas por libelistas.

Del exilio al Consejo

En abril de 1617 la fortuna parece abandonarlo; el rey, que tiene entonces dieciséis años, hace arrestar a Concini. Su mujer, Leonora Galigaï, es decapitada bajo la acusación de brujería. Albert de Luynes, que ha decidido a Luis XIII a tomar el poder mediante esta revolución de palacio, es por algunos años el consejero del rey. Se descubren cartas obsequiosas de Richelieu a Concini; basta esto al rey para considerar a Richelieu hombre de la reina madre, de la cual entiende estar ya liberado. El obispo de Luçon acompaña por lo tanto a María de Médicis en su exilio de Blois. Advertido de que el rey quiere remitirlo a su obispado, parte espontáneamente a Luçon; es entonces cuando, para ocupar su forzado ocio, escribe sus obras polémicas contra los protestantes. Sin embargo mantiene siempre su correspondencia con la reina madre y recibe la orden, a pesar de las protestas del papa, de abandonar su diócesis por Aviñón.

Quizás en ese momento haya dudado de él mismo. Está lejos de la corte y algunas desgracias familiares lo golpean. A pesar de ello no desespera; en su retiro lee mucho y medita. Su habilidad consiste en no malquistarse totalmente con ninguno de los dos partidos. A María de Médicis, su bienhechora —política y materialmente— supo mostrarle, acompañándola, su reconocimiento. Pero sabe que para un ambicioso el porvenir está en la persona del rey: así, durante su exilio no pierde ocasión de ofrecer sus servicios a Luynes y de manifestar su devoción a Luis XIII. Este delicado juego de equilibrio es, por último, recompensado: en marzo de 1619 el rey le ordena volverse a Angulema junto a María de Médicis. En el invierno precedente María había huido del castillo de Blois y se había reunido en Angulema con el duque d'Epernon, personaje importante que había abandonado sin autorización su gobernación de Metz. Circunstancia peligrosa que parecía anunciar, alrededor de la reina madre, el agrupamiento de un sector de la alta nobleza enfrentando a la autoridad real. En esas condiciones, Richelieu recupera su utilidad. De hecho logra negociar la reconciliación del hijo y de la madre. En esa época de intrigas, cuando los personajes cambian frecuentemente de bando y de actitud, el acuerdo es de corta duración; mientras Richelieu, cuyas posibilidades están ligadas a esa reconciliación, recomienda a María volver a la corte cerca del rey, otras voces la persuaden de una obtención más promisoria, y en 1620 se pone al frente de una conjuración más vasta. La agitación se mantiene en la superficie; sus tropas son fácilmente dispersadas en Ponts-de-Cé, cerca de Angers en el Loire. Ya, por consejo de Richelieu, María había consentido en negociar... para obtener las mismas ventajas.

Estos acontecimientos han ubicado nuevamente a Richelieu en el centro de la escena. Su lento viraje político, que lo lleva del servicio de la reina madre —sin abandonarla totalmente— al del rey, continúa; su sobrina, Melle de Pont-Courlay, casa con el sobrino de Luynes, el marqués de Combalet. Sin embargo la reconciliación está lejos de ser total. María de Médicis ha pedido para él el birrete de cardenal. Empero, ya no cuenta ella en la corte, y al hacerse el pedido a Roma Luynes insinúa cierta reserva; por esta promesa sabe que controla al ambicioso obispo. Deberá éste esperar hasta setiembre de 1622 para alcanzar la investidura de cardenal. Algunos, para alejarlo, confían que residirá en Roma; pero el nuevo cardenal, que algunos meses más tarde renunciará al obispado de Luçon, está demasiado preocupado por su carrera política para abandonar Francia.

En efecto, la muerte de Luynes en diciembre de 1621 cambia muchas cosas en el círculo del rey, que desde ese momento no tiene consejero favorito; las reuniones del Consejo que se efectúan entonces no son más que movimientos sin importancia.

María de Médicis, que ha evitado mostrarse, recupera algo de su autoridad y lanza nuevamente a su protegido; pero el rey no se fía de este servidor de la reina madre que le recuerda demasiado la época de Concini. Sin embargo, muy lentamente, la habilidad, inteligencia y flexibilidad del cardenal logran disminuir su resistencia; en abril de 1624 acepta tentar la experiencia. Sin abandonar totalmente su desconfianza hace entrar a Richelieu al Consejo del cual siete años antes lo había expulsado. En esta ocasión Richelieu permanecerá en él sin interrupción hasta su muerte, en 1642.

Richelieu y Luis XIII

Algunos meses más tarde, la desgracia de un ministro influyente permite a Richelieu avanzar aún más. El sentimiento del rey cambia y se traduce en un rápido asentamiento de su posición; en 1626, por ejemplo, crea para él el cargo de superintendente general de comercio y navegación. Y siempre en el año 1626 le escribe en circunstancias dramáticas: "Mi confianza en vos es completa y la verdad es que nadie llega a servirme con tanta diligencia... Tened por cierto que mi protección será constante y que nada podrá afectarla..."

¿Su posición es por lo tanto segura? No; al menos hacia el fin del año 1630 se siente amenazado por las intrigas de sus enemigos siempre demasiado numerosos. En noviembre de 1630 la corte lo cree perdido. Nada sería más falso que imaginar —de acuerdo con la tradición romántica— a un ministro implacable en posición de imponer a un rey incapaz la aplicación de su propia política. Luis XIII está demasiado imbuido de la grandeza de su misión para abdicar la más mínima parte de su autoridad; pero hombre de buen sentido, sin grandes dotes personales, reconoce en Richelieu las cualidades que hacen de él el más dotado de sus servidores.

En cuanto al cardenal, es éste un devoto apasionado del principio monárquico y de la persona de su príncipe; hombre de su tiempo, adhiere plenamente a la ideología de una sociedad que convierte a los rebeldes en pecadores contra Dios y considera a la monarquía como la emanación misma de la majestad divina. Todo lo que meditó Richelieu, todo lo que llegó a realizar, lo hizo por la grandeza del Estado,



1. París en la primera mitad del siglo XVII. París, B. N., Est. (Ségalat).

2. El palacio del Petit-Luxembourg en París, donado por María de Médicis a Richelieu (Falchi).

3. Vista del castillo de Richelieu (Bulloz).

En la página 121:

1, 2, 3. Algunos episodios que ilustran el asedio de La Rochela. París B. N., Est. (Ségalat).

1

3

es decir, por la del rey y nunca omitiéndolo o a pesar de él.

Las cualidades del hombre

Al rey le brinda cualidades no comunes. Seguramente una inteligencia brillante que según los términos de Tapié tiene "el don de percibir lo esencial en los diferentes aspectos de una situación, una aptitud semejante para discernir lo general y lo particular, la imaginación creadora que permite proyectar las mayores acciones, el buen sentido que aleja las quimeras, una sorprendente capacidad de trabajo y un equilibrio que raramente se alcanza entre la potencia de las ideas y el interés por el detalle". Su ambición, entregada hasta entonces al logro del poder, se pone ahora al servicio del rey. A esto se agrega la voluntad tendida siempre hacia la realización de un proyecto vasto que impone a sus adversarios, a sus colaboradores y ante todo a él mismo prematuramente desgastado por el abuso del trabajo. Algunos retratos del cardenal, ejecutados por Philippe de Champaigne, menos solemnes que el de cuerpo entero, del mismo artista que se exhibe en el Louvre visualizan espléndidamente la energía y también la lasitud que reflejan las mejillas huecas y la fatiga del rostro; sin descanso debe luchar para vencer la fragilidad de sus nervios y lo precario de su salud. Inclinado perpetuamente sobre sus propósitos que incluso llegan a excederlo, es uno de esos personajes al que sólo la grandeza satisface. Si tuvo amigos, afectos —el rey, el padre Joseph, su sobrina Mme. de Combalet—, no se entregó totalmente a ellos; el servicio del rey excluía de su sentimiento toda otra pasión. En 1624 hace ya diez años que goza en la frecuencia del poder. En ese medio de locas intrigas, de espectaculares e incesantes vuelcos, pone a prueba su flexibilidad. Ya hemos visto que no carecía de ella; pronto a frecuentes humillaciones, a pesar de su orgullo, ejercita esa flexibilidad para alcanzar su ubicación de privilegio. Pero este largo aprendizaje también ha enriquecido su experiencia de los hombres: la administración de su diócesis, su actuación en los Estados de 1614, su pasajero cargo de 1616, le han permitido sopesar numerosos medios, de la provincia a la corte, del clero a los diplomáticos y a los militares. Durante todos esos años se esfuerza en conocer mejor los problemas y en reflexionar sobre los numerosos males que padece Francia. Su pensamiento, su gusto, su ambición lo conducen desde hace tiempo hacia los problemas del Estado; en 1624 está listo para la acción. Ha sido frecuente identificar el programa de Richelieu con las célebres palabras de su testamento político: "Yo puedo prometerle [a Su Majestad] emplear todo mi afán y toda la autoridad que Vuestra Majestad se digne concederme para arruinar el partido hugonote, doblegar el orgullo de los grandes, reducir a vuestros súbditos al estricto deber y elevar la majestad de Vuestra autoridad sobre las naciones extranjeras." En realidad el párrafo, escrito verosímilmente en 1638, no es más que una síntesis apresurada de las principales orientaciones de su acción. En 1624 y en los años siguientes, su programa es menos preciso o menos sistemático pero más vasto.

La miseria grande de Francia

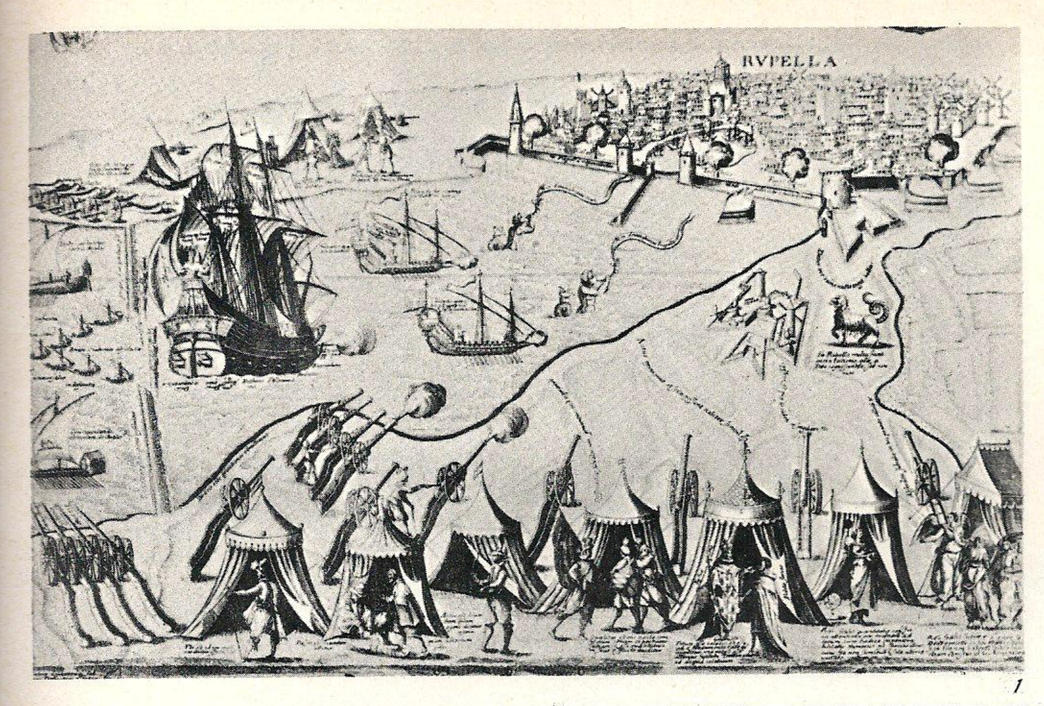
Los problemas que enfrenta Francia, agravados desde el asesinato de Enrique IV, son numerosos. La aguda percepción del ministro ha tomado conciencia de ellos. En primer lugar, considera al retroceso del Estado como factor esencial del deterioro. La alta nobleza, como ocurre en cada regencia, ha intentado usurpar las prerrogativas del soberano para restablecer un sistema feudal que persiste: alrededor de las grandes familias las clientelas perduran y se transforman. De este modo un conflicto personal puede alzar a toda una provincia contra la autoridad real. A esta temible jerarquía social —y por ende económica— se agrega el conflicto de una parte de la pequeña nobleza que, parcialmente arruinada, oscila entre la aventura al servicio de un Grande y la vida mediocre del gentilhombre campesino. Por sobre todo ello planea el problema hugonote: la actitud de la alta nobleza protestante es ampliamente responsable de las sublevaciones que se han producido desde 1610; sostenidos por las plazas fuertes que aún mantienen, constituyen desde el edicto de Nantes de 1598 un estado dentro del Estado cuyos líderes están prontos a recurrir a la ayuda extranjera y enfrentar, en caso de agresión, a la monarquía legítima. Frente a esas fuerzas centrífugas aumenta la impotencia del Estado: el Tesoro carece de fondos por premiar a una minoría, en particular a esos Grandes siempre listos para el llamado rebelde. Carente de autoridad, el gobierno no puede impedir las prevaricaciones de sus propios agentes; debe recurrir entonces, como siempre, a los expedientes financieros y en particular al más peligroso de ellos, la venta de cargos que procura recursos inmediatos pero consolida un personal prácticamente inamovible, incluso hereditario. En el extranjero —aquello explica esto— la situación de Francia ha declinado igualmente. En la tremenda lucha que devasta a Alemania —la llamada guerra de Treinta Años— los católicos, con el emperador al frente, insinúan el triunfo. Más allá del norte de Francia, España domina soberana los Países Bajos del sur; desde 1621 ha reanudado la lucha contra sus antiguas posesiones del norte convertidas ahora en las Provincias Unidas, y en los Alpes controla mediante las tropas pontificias las rutas claves. El empuje de los Habsburgo —españoles o austríacos— se multiplica y se extiende.

Para Richelieu igualmente grave es el retroceso económico en que se sumerge el territorio francés; el comercio exterior está en manos de extranjeros, predominando los holandeses cuyo auge está en plena expansión. Los escasos establecimientos franceses languidecen faltos de capital y de hombres de empresa que tienten suerte en operaciones de largo alcance; la marina real —casi inexistente— es por otra parte notoriamente incapaz de protegerlos.

La ruptura con los "devotos"

Un reino persistentemente perturbado por revueltas dispersas, con la unidad de su dirección, con su misma integridad amenazadas por poderosas fuerzas disgregadoras; una economía de posibilidades ciertas pero inexplotadas por carencia de espíritu de empresa y de capitales; y una diplomacia de prestigio sensiblemente disminuido. Tal es el cuadro que Richelieu compone de Francia. Frente a todos estos males los remedios propuestos están viciados por la unión de lo temporal y lo espiritual. ¿La política a seguir debe ser primordialmente católica o francesa? Para los católicos franceses, llamados entonces "devotos", la contradicción entre los dos términos es inexistente: Francia debe luchar contra la herejía en el interior como en el exterior. Para aquellos que gustan de llamarse "buenos franceses", la política, por el contrario, debe separarse de la religión y resguardar exclusivamente los intereses del reino. De estas dos posiciones resultaron opciones políticas divergentes sobre numerosos puntos.

En su comienzo, Richelieu tuvo el apoyo de ambas tendencias; pero, rápidamente, su manejo de los asuntos en curso lo aleja de los devotos. Desde el invierno de 1624-1625, tratativas apoyadas por demostraciones armadas se esfuerzan en expulsar a las tropas pontificias de los pasos alpinos y la muy reciente alianza con los protestantes de las Provincias Unidas halla en esa actitud su confirmación. Por último, en mayo de 1625 Enriqueta de Francia, hermana del rey, contrae matrimonio con un soberano protestante, el nuevo rey de Inglaterra, Carlos I. Esta unión fue bien acogida por los devotos, que confiaron en una atenuación de las persecuciones a los católicos ingleses; pero las medidas restantes aumentaron la ya latente desconfianza y se negaron a inquietarse por los éxitos españoles en las Provincias Unidas, con la toma de Breda. Como al mismo tiempo fue preciso reprimir algunas revueltas protestantes en el oeste francés, los devotos señalaban la contradicción de una política



1


2


3

interna que limitaba el protestantismo y un juego diplomático que lo favorecía. Desde entonces el nuevo ministro, a pesar de que limitó sus compromisos cont. España, careció de la confianza de los de votos. La firma de la paz, en febrero de 1626, con los protestantes franceses sell la ruptura.

El complot del verano de 1626

Esta ruptura torna aún más dramática la crisis que en el verano del 26 amenaza al cardenal. Con el pretexto de oponerse al casamiento del duque de Anjou, heredero del trono y hermano del rey —la pareja real carece de herederos—, se forma un "partido" que reagrupa a todos los enemigos de Richelieu. Faltos de más hábiles recursos, proyectan el asesinato del cardenal; durante el transcurso del verano, el complot se desarrolla en una atmósfera de locas intrigas y novelescas actitudes. Buen ejemplo de ello es la conducta de la duquesa de Chevreuse, amiga de la reina, cuyos numerosos suspirantes —entre ellos el conde de Chalais— se unen a ella en tan peligroso terreno. Finalmente el complot adquiere tal magnitud que se proyecta nada menos que una sublevación nacional, llegando —quizá— a declarar a Luis XIII incapaz de reinar y de asegurar un heredero a la corona, lo que hubiera permitido anular su casamiento y casar a la reina con su cuñado (la sospecha del consentimiento de ésta nunca se disipó entre los esposos).

En pocas semanas la energía del rey y la firmeza del cardenal invierten la situación. El 9 de junio, mediante la carta que ya citamos, Luis XIII da a su ministro un testimonio contundente de su confianza. Numerosos miembros de la conspiración son arrestados; el hermano del rey se somete y se lo casa rápidamente. La familia real, a pesar de sospechas y resentimientos, se reconcilia oficialmente. Era necesaria una víctima, un ejemplo: lo fue el conde de Chalais. Su ejecución fue horrible: habiendo raptado los amigos del condenado al verdugo con su hacha, fueron necesarios veintinueve golpes de una doladera de tonelero para separar la cabeza del cuerpo. Al año siguiente, buena parte de la nobleza sufría a su vez los rigores de la razón de Estado. A pesar de la interdicción de los duelos, el conde de Montmorency-Bouteville se había batido en pleno París. Fue arrestado; lo que ya era un escándalo pues se trataba de uno de los más grandes nombres del reino. Luis XIII fue sometido a fuertes presiones; la condesa de Bouteville, encinta, imploró la gracia del rey. El mismo cardenal estaba conmovido: "confieso que estaba trastornado y apenas pude impedirme de ceder a la compasión general", escribirá más tarde en su testamento. Noble él mismo, com-

prendía el ánimo de la casta nobiliaria, la importancia del honor, la soberbia y la independencia de esos hombres; pero su simpatía no le impedía percibir la absoluta necesidad, para construir un estado moderno, de convertir al rey en la única fuente de autoridad y de suprimir, por lo tanto, todo resto de feudalismo quebrando la independencia de la nobleza, ubicándola al servicio de la monarquía. Estas razones le vedaban ceder: Montmorency fue ejecutado.

En algo menos de tres años la posición de Richelieu se vio singularmente reforzada; la confianza del rey parece definitivamente adquirida: el peligro común los ha unido y ambos coinciden en las grandes líneas de la política a seguir. Hacia el fin de 1626 Richelieu confía en su seguridad y en la del porvenir como para presentar delante de la Asamblea de Notables convocada por el rey el vasto programa de reformas en el cual trabaja desde hace dos años; pues, en medio de las más inmediatas preocupaciones, Richelieu no olvida —verdadero hombre de estado— los grandes proyectos de su política. Estos proyectos se destinan a los vicios fundamentales de la administración: prevén la supresión de la venalidad de los cargos y las irregularidades de la administración financiera. Como no hay buenas finanzas sin una buena economía, Richelieu, que ese mismo año ha heredado las prerrogativas de los antiguos almirantes al convertirse en superintendente general de comercio y de la navegación, aspira a vigorizar la marina y el comercio. Este programa no omitía ningún sector: la administración, las finanzas e incluso la enseñanza y la religión. Richelieu esbozaba de este modo, en su espíritu, el cuadro imaginario del reino tal como debería ser, un reino consciente de su poder y de su rango en el escenario europeo. Si se hubiera aplicado, el programa habría logrado reducir los males que padecerá la monarquía francesa en el transcurso de los siglos XVII y XVIII; pero, de hecho y a pesar de algunos intentos en varios sectores —economía, comercio marítimo—, no pasará de un programa modelo. Para realizarlo era necesario el mantenimiento de la paz. Ahora bien, las circunstancias obligaron a Richelieu a practicar una política de guerra en el interior como en el exterior.


1

1. *Juste d'Egmont,* Retrato de **Luis XIII.** *Museo de Versalles* (Falchi).

2. *Simón Vouet,* Luis XIII. *Museo de Versalles* (Arborio Mella).

La lucha contra los protestantes franceses

Hasta 1629 el aspecto más obvio de la política de Richelieu fue, en efecto, la lucha contra los protestantes franceses. ¿Por qué ese cambio de actitud después de la paz firmada en 1626? Según una tesis ya tradicional sería el resultado de la voluntad de Richelieu de abatir ese estado dentro de un Estado que constituían los



hugonotes. De hecho éstos estaban muy divididos y los desniveles sociales y económicos los acercaban más a categorías católicas similares que a sus correligionarios. La falta de unidad revelada en las sublevaciones protestantes desde 1619 demostraba claramente la ausencia de un partido hugonote. Sólo se comprobaba la presencia de algunos nobles, algunos feudales que intentaban con éxito diverso agrupar a los reformados en defensa de su "causa". ¿O es necesario ver, como lo pretende un historiador protestante, la razón de este cambio en la necesidad experimentada por Richelieu de reconciliarse con el partido devoto? Presionado de más en más por sus consejeros católicos —Bérulle o el padre Joseph—, Richelieu se habría sentido obligado a reanudar la lucha contra los protestantes a pesar de las pruebas de fidelidad dadas al rey por numerosos hugonotes.

Entre estas dos tesis, la realidad es sin duda menos tajante. El cambio de actitud que se manifiesta entonces parece proceder del conjunto de la política del cardenal más que del problema en sí de los hugonotes. El mar y las potencias protestantes, la economía y la razón de estado, se combinan en su pensamiento y en sus miras produciendo el cambio de 1627. Ya dos años antes, cuando un jefe protestante se había apoderado de las islas de Rè y de Oléron, fue necesario, para expulsarlo, recurrir al refuerzo —en virtud de un tratado de alianza— de navíos de las Provincias Unidas; los holandeses, no sin algunas reticencias de sus tripulaciones, se habían enfrentado con sus correligionarios franceses. De hecho, la debilidad marítima francesa agravó en esa ocasión el peligro protestante. Lo que convierte a los hugonotes en una potencia peligrosa son sus plazas fuertes y sus posiciones situadas a lo largo del Atlántico; pueden ser socorridos, por el mar, por las Provincias Unidas o por Inglaterra dado cualquier deterioro en las relaciones oficiales con estos países. Y es lo que ocurre ahora. A la reconciliación anglo-francesa concretada por el matrimonio, muy pronto desdichado, de Carlos I y de Enriqueta de Francia sucede la desconfianza y luego la hostilidad no disimulada. Inglaterra se inquieta al ver a Richelieu decidido a restablecer la marina y el comercio francés; su interés consiste en tratar de evitarlo apoyando a los jefes protestantes franceses cuyas exigencias debilitan el reino. Y en Francia misma, las inquietudes de los negociantes se agregan a las pretensiones tradicionales de los nobles hugonotes: perturba en La Rochela la constitución de compañías de comercio y la nueva autoridad que se les impone desde que Richelieu es el amo del Almirantazgo. Desde los primeros meses de 1627 se espera una sublevación protestante y un desembarco inglés.

Desde entonces Richelieu se prepara a la lucha. Para aislar a Inglaterra se aproxima temporariamente a España, con gran alegría del partido devoto. Este cambio aparente es exclusivamente táctico y momentáneo: al mismo tiempo y siempre para evitar que Inglaterra encuentre aliados, mantiene su alianza con las Provincias Unidas, en guerra con España; y en el conflicto que sacude a Alemania continúa sosteniendo veladamente a las potencias protestantes contra el emperador, Habsburgo y católico. Sobre la duración u honestidad del acuerdo franco-español ninguno de los dos partidos se engaña.

Hacia fines de junio de 1627, luego de numerosos incidentes que imponen de hecho el estado de guerra entre las dos naciones, una flota inglesa y alrededor de un millar de hombres sitian a las tropas francesas que defienden la isla de Rè. No lejos de allí, en la costa, está La Rochela, una de las capitales del protestantismo francés: la actitud de la ciudad hacia el desembarco inglés es para Richelieu un test decisivo. La burguesía y en especial la burguesía de oficios (aquella que había comprado sus cargos) era poco favorable a la aventura; preocupada ciertamente por sus bienes pero percibiendo también lo anacrónico de una secesión, de la alianza de una ciudad o de una facción con el extranjero contra el rey que encarna a la nación. Por el contrario, el sector más popular se deja arrastrar por los pastores poco ligados al compromiso político; de nuevo y como siempre la nobleza protestante, del Atlántico al Languedoc, se agita. En La Rochela algunos, como esos 800 voluntarios que se unen a los ingleses, toman inmediatamiente partido; la ciudad, sin embargo, duda durante varias semanas y en ellas la propaganda inglesa termina por imponerse. El 10 de setiembre de 1627 La Rochela abre el fuego sobre el ejército real que acampa en su proximidad. Enfermo el rey, Richelieu lleva solo el peso de las primeras semanas de guerra. A Toiras, sitiado en la isla de Rè, le ordena que mantenga su posición cueste lo que cueste. Y al mismo tiempo que continúa sus negociaciones con los ingleses y rocheleses, apresura sus preparativos. Mediante el empeño de algunos hombres seguros, frecuentemente eclesiásticos, reúne en los puertos y ríos del Atlántico todos los barcos, aun los más pequeños, que se pueden encontrar; negocia con España el envío de una flota de socorro. El ejército real, de alrededor de 20.000 hombres, se concentra en las proximidades de La Rochela; en setiembre el rey, repuesto, toma en persona el mando de las tropas; Richelieu está decidido a someter a la ciudad e incluso a guerrear en la misma Inglaterra.

Hacia el fin de octubre la isla de Rè es retomada a los ingleses y queda, como principal operativo de la guerra, célebre desde entonces, el sitio de La Rochela. Mientras el puerto esté libre, el asedio es inútil ya que la insuficiencia de la marina francesa permite a los ingleses reabastecer la ciudad, por lo tanto, Richelieu decide impedir toda comunicación entre La Rochela y el mar. Siguiendo el proyecto del arquitecto del Rey, Métezeau, hace construir a través de la bahía un dique de piedra reforzado por navíos hundidos y protegidos, además, por los cañones del ejército real y por la flota francesa. La situación de la ciudad, donde los víveres son cada vez más escasos, se torna rápidamente muy difícil; pero el fanatismo heroico de la población, la esperanza también del socorro inglés impide la rendición. En marzo de 1628 Richelieu que sabe hasta dónde es frágil la alianza española e incluso engañosa, puesto que los españoles nada hacen para ayudar eficazmente a los franceses, tienta un ataque que fracasa. En el curso de la primavera y del verano, varias flotas inglesas se esfuerzan, sin insistir demasiado, en socorrer la ciudad. En La Rochela el hambre provoca durante todo el verano una espantosa mortalidad.

Hacia fines de setiembre, el fracaso de la última flota inglesa desarma las últimas resistencias; el 29 de octubre, luego de un año de sitio, La Rochela se rinde. Tres días más tarde, Richelieu celebra misa en una iglesia recobrada para el culto católico. Poco después el nuevo obispado de La Rochela es ofrecido al padre Joseph quien lo rechaza; la mayor parte de las murallas de la ciudad son derribadas y todos sus privilegios suprimidos. Despoblada, La Rochela es arruinada por largos años; eclipsada por Nantes y Burdeos no recuperará más su perdida prosperidad. A ese precio ya nadie, ni en el interior o el exterior, disputa al Rey la soberanía de las costas de su reino.

La caída de La Rochela no significa el fin de la guerra; en el Languedoc, la rebelión prosigue bajo la dirección de Rohan; pero éste nunca pudo organizar una seria resistencia frente a las tropas reales que Luis XIII le enfrentó en la primavera de 1629. Cuando el Rey, luego de haber proclamado el edicto de gracia de Alès, retorna a París, Richelieu en persona termina la pacificación. Ante la promesa de poder participar de esta gracia la mayoría de las ciudades se someten rápidamente; en las más rebeldes pronto se impone un régimen de terror. En pocos meses, todo ha terminado.

El edicto de gracia de Alès refleja demasiado las ideas políticas del Cardenal para no haber sido inspirado por él. Gracia y ya no tratado, el término mismo es signi-

ficativo de la concepción de la monarquía sustentada por Luis XIII y Richelieu. Todo aquello que podía trabar la autoridad del Rey por parte de los protestantes fue suprimido: las fortificaciones arrasadas, las asambleas políticas anuladas. La Rochela y Privas son las que reciben más duro trato; sólo se tolera en ellas a los más antiguos habitantes. Los protestantes pierden de este modo los privilegios políticos que hacía de ellos un estado dentro del Estado. Sin embargo —y en eso se percibe el sentido de la moderación de Richelieu en su afán de agrupar a todos los franceses alrededor de su rey— la libertad religiosa perdura: pueden los protestantes celebrar su culto en cuanto lugar lo permitiera el edicto de Nantes de 1598. Richelieu, político ante todo, rechazó el espíritu de venganza o las intenciones de conversión forzosa de los extremistas del partido devoto.

El desarrollo del comercio

Sin embargo, Richelieu no olvida el resto de sus asuntos; al mismo tiempo que pacifica el interior, desarrolla en el exterior las empresas francesas. "Así como los Estados aumentan frecuentemente su extensión mediante la guerra, de ordinario se enriquecen en la paz por el comercio"... Desde tiempo atrás percibía vivamente que la dependencia comercial restringía la independencia de un Estado; por tal razón aspiraba a desarrollar el comercio marítimo, hecho que Inglaterra no le perdonaba. A su entender Francia era un país rico en posibilidades pero los productos franceses enfrentaban demasiada competencia incluso en la misma Francia; además, se daba también un escaso rendimiento de las exportaciones francesas monopolizadas básicamente por el comercio extranjero, particularmente holandés. Liberar el comercio y la economía francesa de la empresa extranjera desarrollando los efectivos y la actividad de la marina e incitando la acción de los medios mercantiles es ya, anticipándose a Colbert, el propósito de Richelieu.

Para ello utiliza el medio clásico que ha facilitado con anterioridad el desarrollo holandés: la fundación de grandes compañías. El primer proyecto se refiere a una compañía llamada de "Morbihan" o de las "Cien asociaciones" cuyo fin era la explotación de la Nueva Francia, es decir el Canadá francés. Junto a los hombres de negocios se ubican los religiosos para quienes la penetración económica no puede más que favorecer la acción misionera. Se conceden ventajas; los plebeyos pueden adquirir por su sola participación en la Compañía la nobleza hereditaria. Privilegio exorbitante que evidencia el precio que atribuía al desarrollo del gran comercio un individuo tan imbuido de la grandeza de la nobleza como Richelieu. De este modo la nobleza ya no se adquiría o se trasmitía solamente por la virtud de las armas o por el servicio del Estado, concretado en la compra de un cargo, sino además por la participación en el desarrollo económico del país; otra forma, a juicio del ministro, de servir al Rey.

El aporte de capitales fue, sin embargo, lento. Los puertos, amenazados por el monopolio concedido a la nueva compañía, protestaron. Un segundo proyecto, ampliado hasta el Mediterráneo, comenzó a concretarse. En 1628, el tercer proyecto, el de la compañía de la Nueva Francia, fue interrumpido por la guerra y retomado inmediatamente después de ella. En realidad y como balance último, el resultado de todos estos proyectos fue marcadamente modesto. Los obstáculos fueron numerosos: a la resistencia de los pequeños armadores, a las oposiciones que se manifestaban entre los intereses de los comerciantes y las ventajas de los colonos, se sumaba como factor decisivo, la rareza de capitales. La obra colonial, si bien limitada y frágil fue más durable que la empresa comercial. La penetración francesa se continúo en el Canadá: es en esta época que la rivalidad entre las compañías holandesas y francesas provoca en el interior una verdadera conmoción en el mundo indio. Otras compañías desarrollaron en diversas regiones la influencia francesa: en las Antillas, en diversos puntos de las costas de África hasta Madagascar donde, hacia el fin del reinado, se funda Fort-Dauphin, en Marruecos; allí un régimen preferencial acordado a los franceses favoreció durante algunos años algún comercio.

Igualmente Richelieu se interesa en el comercio mediterráneo; en 1626 uno de sus enviados efectúa una encuesta en el Mediterráneo oriental y el Cardenal ensaya organizar un correo sin intermediarios con el Levante. En los mares del Norte, el mismo enviado —Courmedin— obtiene de Dinamarca en 1629 una tarifa preferencial muy ventajosa para los navíos franceses que franqueaban el estrecho entre el mar del Norte y el Báltico. En algún momento se pensó en sustraer a los ingleses y holandeses una parte del comercio oriental, desviándolo por Rusia y el Báltico; no dejó de ser un proyecto.

Del mismo modo Richelieu se esforzó en favorecer la industria nacional. Como Barthélemy de Laffemas en la época de Enrique IV, como Colbert bajo el reinado de Luis XIV, comprueba que las importaciones de los productos de lujo —esos productos que como la seda, la cristalería, etc... han hecho con el comercio de las especies la fortuna, en los siglos precedentes, de las ciudades de Italia del norte producen una fuerte pérdida de numerario. Se interesa en las manufacturas de seda de Tours de las cuales evocará, en su testimonio político, la belleza de sus telas, "los rojos terciopelos, los violetas y amarillos... más hermosos ahora que en la misma Génova, el muaré... tan bello como en Inglaterra... los tejidos comunes de oro... más bellos y más baratos que en Italia". Se preocupa de las manufacturas de tapicería de Savonnerie, fundadas en el Louvre por Enrique IV, y las de Beauvais que deben competir con las manufacturas de los Países Bajos Españoles. Intenta incluso establecer en Francia la cristalería de lujo y la industria de los espejos, monopolio casi exclusivo de Venecia. Y para facilitar la circulación de las mercaderías y de las noticias en el interior del país organiza el servicio de postas, obtiene la disminución de los peajes y encara la perforación de nuevos canales.

Todo esto lleva a pensar en Colbert cuya grandeza proviene más de la amplitud de las realizaciones, de la tenacidad que de la originalidad de las concepciones. Richelieu tuvo, antes que él, ideas relativamente osadas para la Francia de esa época; pero la mayoría de sus proyectos mantuvieron su condición de bosquejos o sólo lograron un semiéxito. A pesar de las ventajas ofrecidas la mayor parte fracasó, falto de capital. Las causas de esta insuficiencia le escapan en cierta medida; es evidente que no pudo percibir que en su época comenzaba una escasez de circulante que frenará durante un siglo el desarrollo económico de Europa. Pero si la plata es rara en Francia es también debido a que se invierte o se absorbe en otra parte. A diferencia de los italianos de los siglos anteriores, de los holandeses y ya ahora de los ingleses, la burguesía francesa no invierte sus capitales disponibles en el comercio o en la industria; prefiere la tierra, más segura y los oficios, esos cargos del Estado cuyo precio aumenta rápidamente y de los cuales los principales permiten un pronto acceso a la nobleza, doble fuente de prestigio social y de exorbitantes privilegios económicos y fiscales.

Por último, la riqueza francesa es acosada por el fisco. Hubiera sido necesario un respiro para reformar un sistema fiscal inadaptado y poco eficiente cuya práctica del arrendamiento del impuesto limitaba el ingreso a las cajas del Estado de las sumas descontadas a la comunidad. Richelieu sintió esa necesidad pero le faltó tiempo. Por el contrario, para financiar sus grandes proyectos y en especial su política exterior acrecentó sin cesar las cargas de los impuestos. A la escasez de la moneda, a la competencia extranjera se agregó la sobrecarga fiscal reduciendo la masa a la miseria y drenando una parte del metálico disponible de la burguesía.


REGNANTE
LVDOVICO XIII IVSTO
SORBONAE PROVISOR
OBIIT PR NON DEC
ANNO R S H M DC XXXXII
AETATIS LVII



1



2

1, 2. Alegoría en honor del cardenal Richelieu. París, B. N., Est. (Ségalat).

3. El cardenal Richelieu celebra la misa luego de la toma de la ciudad de Montauban. París, B. N., Est. (Ségalat).

4. Vista de Mantua, asediada por el ejército imperial en 1629. París, B. N., Est. (Ségalat).

5. Los españoles decretan el asedio de Casal. París, B. N., Est. (Ségalat).

6. Casal asediada por los españoles en 1629. París, B. N., Est. (Ségalat).

7. El ejército del rey de Francia. París, B. N., Est. (Ségalat).

En las páginas anteriores:

El sepulcro del cardenal Richelieu en la capilla de la Sorbona en París. Escultura de Giraudon (Bulloz).

En la página 131:

1. *Luis Le Nain,* Familia de campesinos en un cuarto. *París, Museo del Louvre.*

2. *Luis Le Nain,* El almuerzo de los campesinos. *París, Museo del Louvre.*

3. *Luis Le Nain,* La carreta. *París, Museo del Louvre.*

Entre las dos opciones para lograr el respeto de su rey —la riqueza del país sólo posible a través de la paz o una diplomacia activa que puede llevar a la guerra— el noble y el soldado que también viven en él no dudan. Para el Cardenal la economía es importante y útil; pero nada significa frente a los grandes problemas de la política europea y, de hecho, se la sacrifica siempre.

El Imperio e Italia

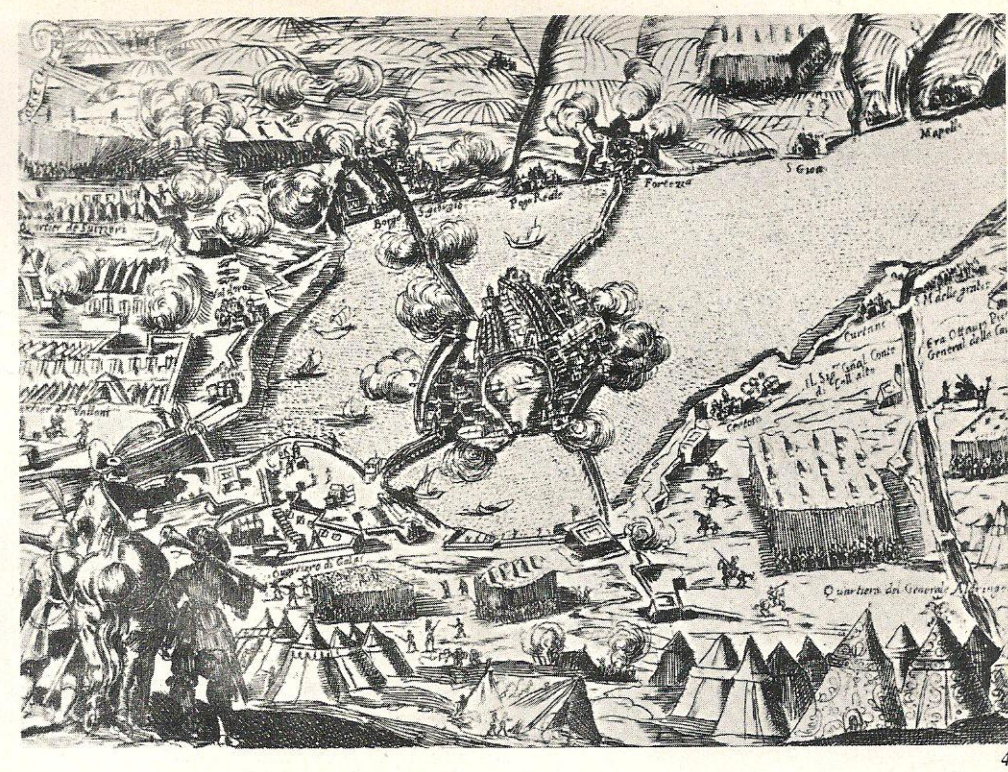
En efecto, de más en más Richelieu será acaparado por la política exterior. Durante los años de lucha contra los protestantes franceses la guerra había proseguido en el Imperio; era sin duda un conflicto religioso entre catolicismo y protestantismo, pero más aún un enfrentamiento político entre la casa de Austria cuyo jefe intentaba transformar en dominación real la soberanía teórica que se desprendía de su título de emperador de Alemania y los príncipes alemanes que se esforzaban por conservar la autonomía. La victoria neta, rápida de uno u otro bando era perjudicial para Francia. El triunfo austríaco contra los príncipes alemanes, el de España, su aliada contra las Provincias Unidas habrían tenido como consecuencia la presencia, en las fronteras francesas, de potentes estados cuya amenaza era evidente. Pero los protestantes alemanes eran los correligionarios de los rebeldes franceses; sus príncipes defendían en suma la idea de un orden feudal que Richelieu combatía entre los hugonotes. La victoria de los príncipes habría debilitado a la casa de Austria; pero también podría ser, en esos años urgidos por el conflicto protestante, una pesada consecuencia para el problema interno francés.

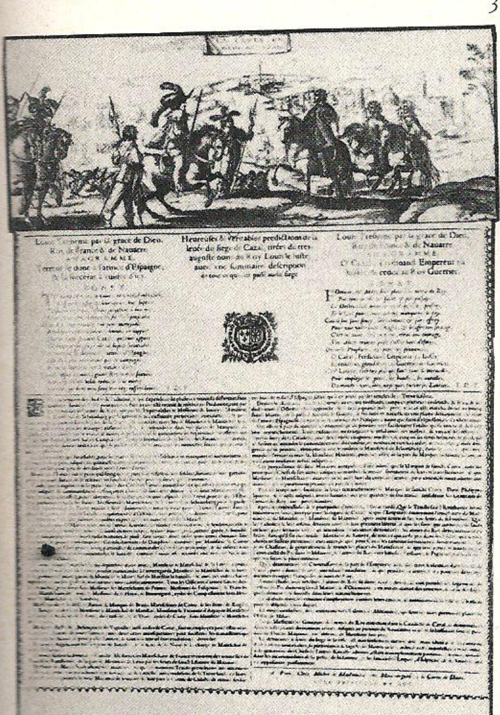
De hecho todo hacía suponer que la guerra se prolongaría por largo tiempo, asolando Alemania. Desde 1625 el rey de Dinamarca intentaba, por su parte, sacar provecho de esa situación para expandirse a lo largo del Báltico, aliándose con los protestantes alemanes. Richelieu de ninguna manera deseaba una rápida solución del conflicto; sostenía con sus subsidios el bando protestante pero igualmente mantenía con la católica Baviera relaciones tradicionales. Al mismo tiempo para oponerse a los progresos de España, más peligrosa en lo inmediato, no atenuaba las momentáneas dificultades del Emperador.

Nada muestra mejor el conjunto de sus preocupaciones que el "Aviso al Rey" —una de las memorias dirigidas a Luis XIII para explicar o convencerlo sobre sus puntos de vista en diversos temas— de febrero de 1629. Hace menos de tres años que La Rochela ha caído y los protestantes resisten siempre en el Mediodía francés. Richelieu declara que es necesario terminar de aplastarlos pero ya su pensamiento se



3


4

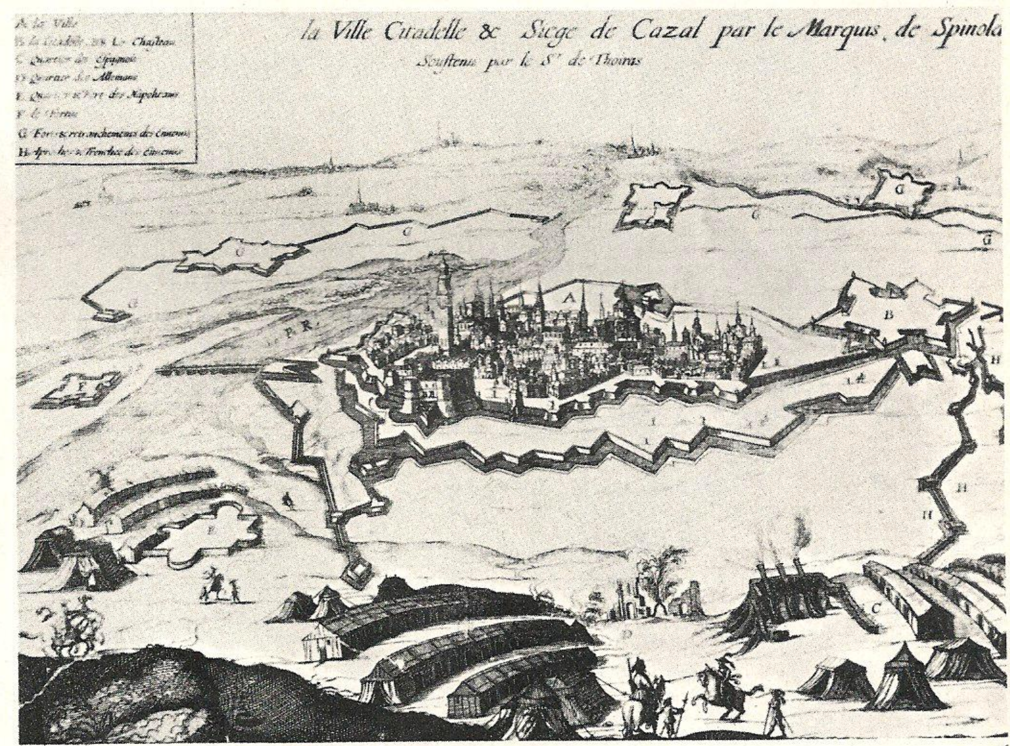


Louis Treziesme par la grace de Dieu, Roy de France & de Navarre.

Heureuses & veritables predictions de la levée du siege de Cazal, tirées du tres auguste nom du Roy Louis le Iuste avec une sommaire description de tout ce qui s'est passé audit siege

O Casal, Ferdinand Empereur ta

5



6


7

proyecta más allá de ese hecho. Si persiste en la urgencia de alcanzar un real poderío en el mar impone por sobre esta necesidad el diplomático deseo de utilizar la situación contra España; para fortificarse en función de la península aspira a reforzar la defensa de las fronteras construyendo plazas fuertes en los mismos límites, o sea lo que Vauban realizará con Luis XIV. Es más, es necesario tomar la ofensiva si bien evitando "en lo posible una guerra franca contra España" que es, desde dos años atrás, la aliada de Francia pero sólo por algunas semanas más; y sin ilusión de una parte o de otra, considera el ministro que ha llegado el momento de reforzar la frontera del este. También proyecta "con mucho tiempo, buena discreción, una dulce y cubierta conducta" avanzar hacia "Estrasburgo para adquirir una entrada hacia Alemania, Ginebra . . . para ser temidos por los suizos y asegurarse así que separarán siempre a Alemania de Italia".

Se ha atribuido persistentemente a Richelieu el grandioso proyecto de agrandar Francia hasta sus fronteras naturales; en realidad la idea es extraña a la época. La política del Cardenal es mucho más empírica: pronta a apresar la ocasión, a preparar el futuro pero igualmente a limitarse. Puede que Richelieu piense en extender el reino hacia el este. Pero lo que propone en ese momento —y esto se adecúa mucho más a las ideas de su tiempo— es la adquisición de puntos estratégicos que, como Estrasburgo, permitan intervenir rápidamente en Alemania o como Ginebra o Neufchâtel tornen más difíciles las comunicaciones entre la Italia del norte y Alemania, es decir entre las diversas posesiones de los Habsburgo de Austria y de España, del norte de Italia a los Países Bajos españoles.

Sin embargo, es Italia la que, antes de formular estos proyectos, requirió la atención de Richelieu. Durante el sitio de La Rochela, el duque de Mantua, Vicente II de Gonzaga, cuya soberanía se extendía tanto sobre Mantua como sobre el marquesado de Montferrat, había muerto. Su sucesor, designado por él mismo, casado a toda prisa con la pariente más próxima del moribundo duque, era un primo francés, el duque de Nevers, Charles de Gonzague. Esta sucesión fue sin embargo discutida, en una región donde el entremezclamiento de derechos y pretensiones eran confusamente enmarañados, por España y por el Emperador. Los españoles, aliados entonces de Francia, aprovechaban el sitio de La Rochela para sitiar, a su vez, a Casal. Tomada La Rochela, Richelieu a pesar de la oposición de María de Médicis y de los devotos que temían la ruptura con España, decidió a Luis XIII a socorrer a Charles de Gonzague. El 15 de enero de 1829, Luis XIII y Richelieu partían para Italia. Las operaciones militares fueron casi nulas: el duque de Saboya aceptó, después de un modesto combate, dejar pasar a las tropas francesas; los españoles levantaron el sitio de Casal; los pequeños estados italianos se declararon protegidos por la intenvención francesa que equilibraba la presencia constante de los Habsburgo. El Rey, cuyo prestigio se acrecentaba luego de esta corta campaña, partió inmediatamente a pacificar el sur de Francia. Empero el triunfo fue efímero: entre los españoles y los franceses el duque de Saboya juega doble. Desde el comienzo del año siguiente Richelieu cruza el Doire y simula marchar sobre Turín. El día de Pascua de 1630, las tropas que comanda en ausencia del Rey se apoderan de Pignerol. La plaza es una posición estratégica importante que controla el acceso a Italia; pero es sólo un punto de apoyo, un peón en la lucha contra los Habsburgo que amenazan nuevamente las posesiones del nuevo duque de Mantua. ¿Se debía firmar la paz y devolver Pignerol, o guardar la plaza y lanzarse a una guerra abierta? En esa primavera de 1630 la política francesa se enfrenta con una alternativa temible, agravada, por añadidura, una vez más en Francia por las rivalidades internas.

La gran borrasca

En efecto, dos "partidos" (es decir dos tendencias de opinión, sin que ese apelativo implique ninguna organización a la manera de los partidos modernos) se oponen continuamente en Francia; los intereses, las ambiciones y los rencores de los individuos agravan las divergencias políticas. Ya el año precedente, una parte del consejo del Rey y notoriamente el cardenal de Bérulle y el ministro de justicia Michel de Marillac, habían desaprobado la política de Richelieu. Las costumbres de la época, la vivacidad de las pasiones eran tales que ante la muerte súbita de Bérulle corrió el rumor que Richelieu lo había envenenado. El partido, del cual Marillac se convierte en el portavoz más influyente retoma las ideas gratas a los devotos: rechaza el enfrentamiento contra las potencias católicas cuando Richelieu está en abierta guerra con España y dirige en Alemania una política progresivamente más hostil a los intereses del Emperador. El mismo partido se indigna de la libertad religiosa que asegura el edicto de Alès respetando lo acordado desde 1598 por el edicto de Nantes; perciben en él —muy definido— el pensamiento del Cardenal.

Sin embargo el conflicto no se limita a las cuestiones religiosas: reside también en la elección entre lo interior y exterior. Marillac describe la espantosa situación del reino, aplastado por el peso de los impuestos que pesan casi enteramente sobre el pueblo. La guerra sólo puede aumentar por lo tanto, esa carga y multiplicar las revueltas populares que estallan aquí y allá; crecerá al mismo tiempo el desorden y la miseria. Por último, ¿es prudente que el Rey de frágil salud y además sin herederos, abandone el reino cuando su alejamiento, su desaparición eventual, puede dar a las fuerzas centrífugas una nueva ocasión de manifestarse? Por todas estas razones, Marillac afirma que es necesario concertar la paz rápidamente.

El punto de vista de Richelieu, fundado en una visión muy diferente, sostenía una conclusión opuesta. "Si nos decidimos por la paz, escribe al Rey luego de la toma de Pignerol, hay que hacerla prontamente mientras los asuntos del Rey gozan de reputación"; pero, en ese caso, "es necesario remitir los asuntos de Italia al porvenir". Con todas sus fuerzas Richelieu defiende la guerra. En Lyon donde se enfrentan ante el Rey, Richelieu y Marillac, el Cardenal se niega a tomar en consideración "la aversión que los pueblos sienten por la guerra . . . dado que se quejan tanto de los males necesarios como de aquellos que pueden ser evitados". A su entender, el país está tranquilo si no lo altera el hermano del Rey o los Grandes con sus revueltas; las sublevaciones populares solamente son perturbadoras en la medida que inmovilizan tropas e interfieren en la recaudación de impuestos. En cuanto a los proyectos de reorganización administrativa, de restablecimiento de las finanzas, de la disminución de las cargas fiscales que frenan la economía y disminuyen las inversiones en esas empresas lejanas que Richelieu desea favorecer, todo eso lo remite para más adelante; "si el Rey se decide por la guerra, escribe, se debe abandonar toda idea de reposo, de ahorro o buen pasar dentro del reino". La gloria del Rey, la grandeza del Estado exigen una política exterior prestigiosa; el pueblo es sacrificado a la razón de Estado.

En la primavera de 1630, las tesis de Richelieu se imponen. A pesar de la tentativa del papa —su enviado, el abate Giulio Mazarini entabla relación con Richelieu y será su sucesor en la dirección de los asuntos extranjeros franceses— se decide la expedición a Saboya; en algunas semanas se la conquista y la ruta de Italia queda entonces despejada. Muy pronto la situación se deteriora: Mantua es tomada por los imperiales; el Rey se enferma y, al comienzo de agosto, vuelve a la corte en Lyon donde cae bajo la influencia del partido de Marillac, sostenido más o menos por María de Médicis.

Los meses transcurren, de agosto a noviembre y son terribles para Richelieu; su política, su carrera y su libertad corren el riesgo de naufragar. En la última se-


1


2


3

mana de setiembre, Luis XIII cae enfermo; muy rápidamente su estado empeora; pronto se lo cree moribundo. Si muere, su hermano se convierte en rey y la suerte de Richelieu está sellada. Pero, el 30 de setiembre, un abceso intestinal ignorado por los médicos revienta: Luis XIII se salva. A Richelieu no le ocurre lo mismo: el Rey, moribundo habría prometido —quizá— a su confesor, favorable a las tesis de Marillac, preocuparse en el futuro por los necesidades de su pueblo, en lugar de buscar una vana gloria militar en operaciones dirigidas contra las potencias católicas. Al comienzo del otoño la corte retorna a París pero Richelieu sabe bien que a su alrededor sus enemigos preparan su pérdida.

El domingo 10 de noviembre, al llegar el Cardenal a la residencia de la reina madre se informa que está en conferencia con el Rey y que ambos se niegan a recibirlo. Con una extraordinaria celeridad de reacción, comprende el peligro; logra penetrar por una puerta oculta hasta el cuarto donde se hallan el Rey y la reina madre. La audacia del procedimiento desorienta a ésta: después de un intento de negación confiesa que hablaban del ministro, "el más ingrato y perverso de los hombres"; a esto sigue un torrente de injurias. Al borde de una crisis nerviosa, Richelieu se echa a los pies del soberano y estalla en llanto. Luis XIII pone fin a esta espantosa escena ordenando el retiro del ministro. A su retorno al Palacio de Luxemburgo, luego de dejar a su madre, encuentra a Richelieu quien se inclina, una vez más, ante su pasaje; el Rey ni le concede una mirada.

En la corte, durante algunas horas la emoción llega a su límite. Todos creen al Cardenal condenado; sus allegados le ruegan que huya para evitar un probable arresto; los otros, sensiblemente más numerosos, hacen ya la corte a los supuestos vencedores. Al mediodía el Rey parte hacia Versalles y ordena a Richelieu que se le reúna. Tiene lugar allí la teatral escena: luego de una nueva entrevista, Luis XIII declara al Cardenal que lo protegerá contra todos sus enemigos. El ministro Marillac es destituido y prontamente arrestado; su hermano que comanda el ejército de Italia es arrestado igualmente y ejecutado dieciocho meses más tarde. Ese día que debía ser el de la caída de Richelieu marcó la desgracia de sus enemigos y se convertía, para la historia en la "jornada de los engañados".

Todavía durante algunos meses, la familia real cuyos miembros debían, al menos en interés de la monarquía, mantener una máscara de unión y afecto suscitó dificultades a Richelieu. María de Médicis rechazó la reconciliación que aceptaba el ministro. Frente a ese rechazo, Richelieu ofreció su retiro; pero Luis XIII confir-

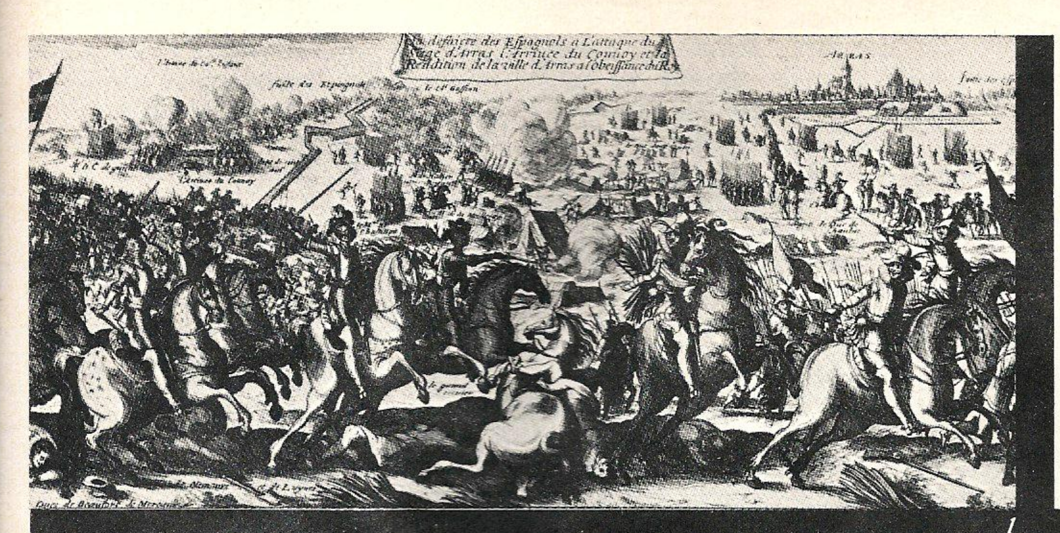
mando la elección hecha en noviembre no aceptó esa dimisión y rogó a la reina madre retirarse a su dominio de Moulins, ciudad del centro de Francia, alejada de las residencias habituales de la corte. En lugar de obedecer, ésta huyó hacia el norte. Sin duda pretendía presionar al Rey estableciéndose en una plaza fuerte cercana a la frontera de los Países Bajos españoles; pero esas puertas no se abrieron. El 20 de julio de 1631, a menos de cuarenta y ocho horas de haber dejado la corte, entoces en Compiègne, María de Médicis cruzaba la frontera. Luis XIII no permitirá jamás a su madre volver a Francia: morirá, olvidada de todos en 1642. Su partida levanta definitivamente uno de los más grandes obstáculos a la acción de Richelieu. Para el Rey, sin embargo, la elección esencial había sido hecha el pasado 10 de noviembre: por su voluntad y por su clarividencia personal salvó al Cardenal en quien reconoció al mejor de sus servidores. Desde entonces y a pesar de algunas alarmas fugaces, Richelieu ya no temerá más, hasta su muerte en 1642, la desgracia real; alcanzó entonces el apogeo de su poderío.

El apogeo de un ministro

Desde ese día Richelieu se sabe poderoso y entiende que debe mostrarlo; el lujo de su corte se acrecienta considerablemente. Los guardias que lo rodean —hecho que en principio no estaba permitido a los ministros— vigilan desde 1626, a instancias del Rey, su seguridad. En 1631 Luis XIII decide aumentar esa guardia a más de 400 hombres, de los cuales 120 guardias a caballo, todos nobles, vestidos con casas rojas que el novelista Alejandro Dumas opondrá en los Tres Mosqueteros, obra célebre del siglo XIX, a las casacas azules de los guardias del Rey, se convirtió prontamente más en una tropa de parada que en un servicio de protección y, por supuesto, alimentó las acusaciones de tiranía lanzadas contra el Cardenal.
También se multiplicó su fortuna; en verdad, hace tiempo que el modesto bien familiar se ha acrecentado con los ingresos de su obispado pero igualmente con las liberalidades de María de Médicis —continuas hasta el sitio de La Rochela—, de los dones, pensiones y gratificaciones procedentes de Luis XIII. Su carácter es, de algún modo, desinteresado: en varias ocasiones se lo ve rechazar gratificaciones o potes de vino, comunes en las costumbres de la época. En varias ocasiones, también su propia fortuna llega a socorrer al Estado; en el momento del asedio de La Rochela, por ejemplo, empeña sus alhajas y su platería para obtener el dinero necesario. Empero, como es frecuente en la época, se da una cierta confusión entre la fortuna privada del ministro y el presupuesto que le corresponde. A su muerte, dejó una muy grande fortuna. ¿Sus enemigos tuvieron razón al acusarlo de malversación? En realidad esa fortuna procede en su mayor parte de los bienes de todo tipo que le fueron dados por el Rey y por la sabia administración de ellos. Jamás se le ha podido reprochar los acaparamientos de los años siguientes, de un Fouquet o de un Mazarino que eran, por otra parte una práctica corriente y casi normal. Pero, sin duda, no se preocupaba demasiado de la procedencia del dinero; su fortuna no hubiera sido tal si no hubiera permanecido tanto tiempo al frente del gobierno.
La construcción de nuevas residencias testimonian también su poderío. Desde 1625 reacondiciona el castillo ancestral de los Richelieu. Empero, en 1631 Luis XIII convierte ese pequeño señorío en ducado de par; para armonizar su residencia a esta nueva distinción, una de las más altas que pueda conceder el soberano, el Cardenal concibe la idea de una construcción mucho más vasta: sobre el viejo emplazamiento del antiguo castillo, el arquitecto Jacques Le Mercier que ha trabajado en el Louvre edifica una nueva morada, prácticamente, terminada en 1642, que rivaliza por su amplitud y majestad con las más bellas construcciones de ese tiempo. Absorbido por el servicio del Estado, Richelieu nunca residió en ella; sólo subsiste hasta hoy un pabellón. En las cercanías del castillo, la ciudad de Richelieu, edificada a partir de 1631 por Le Mercier de acuerdo con una rigurosa simetría, debía ser a criterio del Cardenal una introducción al castillo, como más tarde lo fue Versalles para el palacio del Rey-Sol; hoy no es más que una aldea.
El mismo cambio de concepción se observa en París. Al volver al Consejo, había comprado, cerca del Louvre, el vetusto palacete de Rambouillet que acondicionó habitándolo muy frecuentemente. En 1631, sus hábitos se modifican; agranda considerablemente el terreno de que dispone y siempre con la ayuda de Le Mercier, construye el Palacio-Cardenal que reemplaza —y el cambio es significativo— el palacete de Richelieu. Para evitar, quizá, los celos del Rey, Richelieu le lega en 1636 su palacio donde morirá en diciembre de 1642; es así como éste se convertirá en el Palais-Royal.

El protector de las artes y de las letras

El deseo de ostentación que marca este afán de construcción se renueva en su actitud hacia el arte y los artistas. Aún en esto la inclinación personal es real: ese hombre nervioso, sensible, con un exterior impasible y altanero que concuerda con sus retratos oficiales, adora la música y los aires italianos llegan a arrancarle lágrimas; él mismo toca el laúd. Siempre amó escribir y su lenguaje es bello. Pero también en esto la ostentación se agrega al gusto del personaje. Siguiendo una moda que se difunde es, pero mucho menos que su sucesor Mazarino, un coleccionista. En el castillo de Richelieu, la gran sala de su departamento está adornada entre otras telas, por un *Concierto musical* de Tiziano, un retrato de la reina de Inglaterra de van Dyck. En una antecámara se encuentra el *Rapto de las Sabinas* de Bassano, una *Judith* de Caravaggio y una tela de Rubens; en otros lugares, copias de Miguel Angel, de Rafael y de Tiziano. Su gusto por la pintura italiana no es, por lo demás, exclusivo: encontramos un Rubens en la capilla principal y en el departamento reservado al Rey dos cuadros de Poussin, *El triunfo de Silène* y el de Bacchus. Finalmente hace edificar en Richelieu una galería de pintura y ubica en ella las veinte telas dedicadas por el pintor Nicolás Prévost a los grandes acontecimientos del reinado de Luis XIII.
Idéntica profusión en el Palacio-Cardenal, donde dos galerías albergan las colecciones de Richelieu; la decoración del conjunto está realizada por dos grandes pintores franceses de la época, Simón Vouet y Philippe de Champaigne cuyos cuadros y alegorías a la gloria del Cardenal son muy conocidos. De Italia hace venir, además de cuadros, estatuas, medallones, bustos antiguos, en mármol o bronce; se realizan por su cuenta búsquedas en Roma, Florencia, Mantua. A su muerte, el Palacio-Cardenal alberga cerca de 200 esculturas y 250 cuadros, de los cuales algunos están hoy en el Louvre: entre ellos, obras maestras, como la *Santa Ana* de Leonardo de Vinci, los *Peregrinos de Emmaüs* de Veronese, la *Familia de la Virgen* de Andrea del Sarto, u otras telas de Giovanni Bellini, de Correggio, de Rubens... A esto debemos agregar, por último, la colección igualmente preciosa, de libros y manuscritos.
Este último aspecto de sus colecciones nos descubren en Richelieu al aficionado a la letras. Siempre amó al teatro: desde los comienzos de la construcción del Palacio-Cardenal, hizo edificar un teatro de 500 butacas, inaugurado en 1635; desde los primeros meses de 1637 se representa en él una obra muy reciente, el *Cid* de Corneille, una de las más significativas obras del repertorio clásico francés. En 1641, la sala definitiva es inaugurada a su vez; con sus galerías y su doble balcón puede contener alrededor de 1200 espectadores y despierta la admiración de los contemporáneos por su riqueza y la habilidad de su maquinaria. Richelieu protege constantemente a los actores: en una época en que la iglesia mantiene en general una actitud



1. *La victoria de Arras, 1640. París, B. N., Est.* (Bulloz).

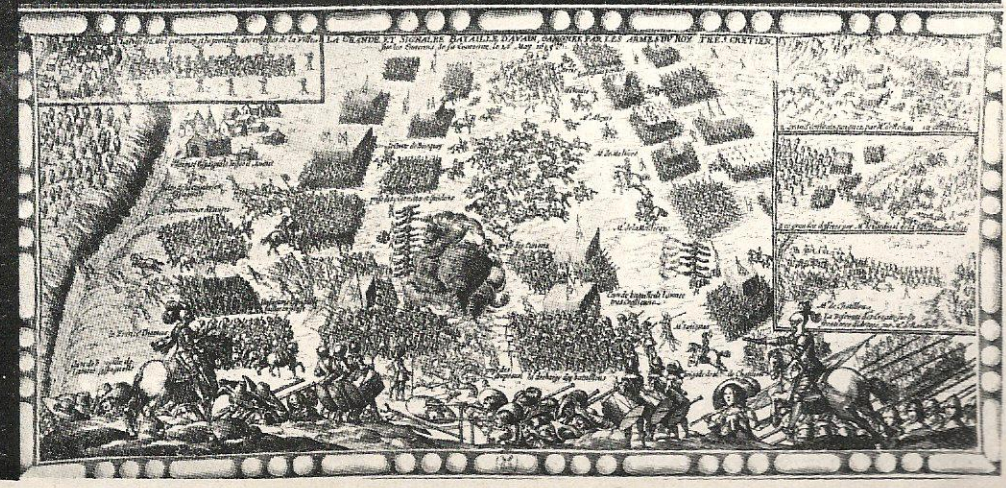


2. *Conclusión de la paz en Italia, 1632. París, B. N., Est.* (Bulloz).

TRIOMPHE DU ROI SUR SES ENNEMIS DE LA VALTELINE, QUI SONT FORCEZ DE SE SOUMETTRE, ET DE LUI DEMANDER GRACE·



3. *Alegoría del triunfo de Francia en el reinado de Luis XIII. París, B. N., Est.* (Bulloz).



4. *La batalla de Avein, 1635. París, B. N., Est.* (Bulloz).

poco favorable al teatro, pide a Luis XIII que restablezca un edicto de rehabilitación de los comediantes cuyo teatro esté exento de escenas o propósitos deshonestos. Su acción está dirigida al reconocimiento del teatro por la buena sociedad y a su condición necesaria que es la moralización del género; esta doble evolución caracteriza perfectamente las transformaciones del teatro de su época que se encamina hacia el clasicismo.

Su protección se extiende también a los autores: en sus raros momentos de ocio, Richelieu recibe con gusto a poetas y autores dramáticos que discuten con él sus obras, reciben ideas o incluso le aceptan modificaciones. ¿Debemos ir más lejos y afirmar, como se lo ha hecho muy frecuentemente, que el ministro se rodeaba de autores que componían para él o, mejor todavía, atribuirle partes enteras de algunas piezas como la *Comedia de las Tullerías* o *Mirame* que hace representar con lujosa puesta en escena? Nada es más dudoso; en medio de los tremendos afanes de los asuntos públicos, el teatro no era para él más que una diversión y si paladeaba las discusiones literarias no pasó más allá del placer de hacer alguna sugestión. En mecenas, pensionaba a los autores; entre ellos, Corneille del cual una leyenda largamente difundida pretendía que despertó los celos intelectuales del Cardenal. En 1635 favoreció la creación de la Academia francesa; empero, si bien apoyó el proyecto, su participación en este asunto ha sido muy exagerada y no visitará jamás a esta compañía ilustre de la cual fue el protector.

Por último, favorecer la instrucción fue otra de sus formas de proteger las letras. También aquí Richelieu desempeña su papel. Favorece la creación de colegios; reconstruye la Sorbona, entonces facultad de teología de la cual es el provisor. Nuevamente Le Mercier dirige los trabajos iniciados en 1626 y continuados hasta 1642. En 1635 Richelieu pone la piedra fundamental de la capilla donde desea ser enterrado. Su tumba se encuentra allí como una suerte de homenaje al mecenas, al amigo de las artes, al protector de las letras de su tiempo.

La política antihabsburguesa

La trama de los acontecimientos, a la que debemos ahora volver, nos muestra un Richelieu que, hasta el fin de su ministerio, se entrega cada vez con mayor intensidad a los problemas exteriores o a aquellos ligados con la política exterior. En ese dramático año de 1630, en medio de la confusa situación italiana, cuando las intrigas que se tejen a su alrededor someten a sus nervios a dura prueba, cuando las campañas militares en lugares donde impera la peste amenazan su salud, los asuntos alemanes que hemos dejado, por comodidad de la exposición, abandonados en el camino, absorben todavía buena parte de su reflexión y de su tiempo.

En Alemania, el poder del emperador Fernando II no cesa de reforzarse. El rey de Dinamarca ha abandonado la alianza protestante, firmando con el Emperador la paz de Lübeck (1629). Dos meses antes de dicho acto, este último publicó el Edicto de Restitución que pretendía obligar a los señores protestantes a restituir los bienes confiscados a la iglesia católica desde 1555. En 1630, convoca en Ratisbona a los príncipes-electores alemanes, con el propósito de hacer designar a su hijo como su sucesor a la cabeza del Imperio (el emperador de Alemania elegido tradicionalmente entre la familia de los Habsburgo, era en general electo en vida de su predecesor).

Las pretensiones del Emperador favorecían de hecho la táctica de Richelieu que consistía en permanecer en los mejores términos con los príncipes alemanes protestantes o católicos. Ninguno de ellos deseaba una verdadera hegemonía del Emperador en Alemania; los enviados franceses en Ratisbona —el más célebre de los cuales es el padre Joseph— se esmeran en acentuar las oposiciones, demostrando a los príncipes los peligros que la ambición de los Habsburgo puede hacer correr a la independencia de ellos. El éxito es completo: los príncipes debilitan primeramente al Emperador obteniendo la licencia de una de sus fuerzas principales, el ejército de Wallenstein y el despido de éste; luego, eluden la cuestión de elegir su hijo. El P. Joseph, según palabras del Emperador, había guardado los bonetes electorales en su capuchón.

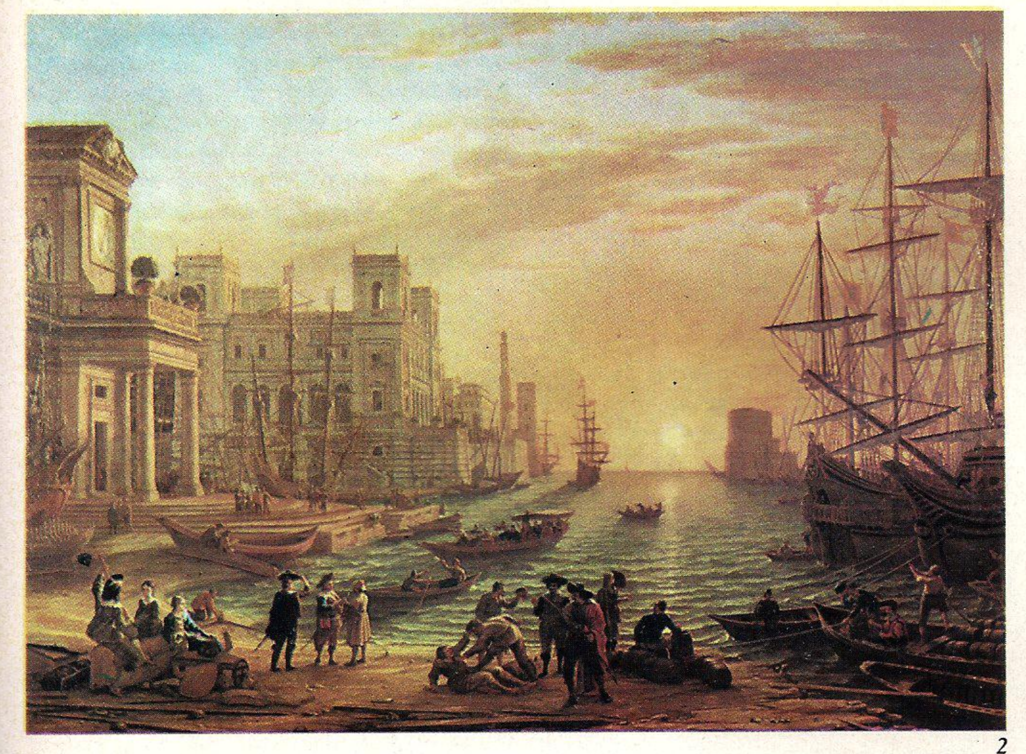
Sobre otros puntos, las tratativas de Ratisbona habían sido menos felices. Si obtenían para el duque de Nevers la investidura del ducado de Mantua, lo que daba satisfacción a Francia sobre el problema que había desencadenado la guerra, los diplomáticos franceses, en contrapartida, prometían que su país no intervendría más en los problemas alemanes. La cólera de Richelieu al conocer esta cláusula prueba bien que en su pensamiento el asunto de Mantua no era más que un pretexto. El verdadero propósito de su política era mantener contra los Habsburgo de España y Austria un cierto equilibrio de Europa y extraer, para el rey de Francia, las mayores ventajas; por esta razón, no podía renunciarse a los lazos tan pacientemente anudados con los príncipes alemanes. Esa promesa era, por otra parte, inútil; pues al mismo tiempo se desarrollaban en Italia negociaciones particulares y en ellas el agente entre los dos bandos, era Giulio Mazarini (el futuro Mazarino) representante del papa; allí, Richelieu al servicio del cual pasará muy pronto, pudo apreciar su habilidad. Contra la evacuación de Saboya, Francia obtiene que el ducado de Mantua se remita al duque de Nevers; de este modo guarda las manos libres en Alemania. Además, obtiene por anteriores acuerdos el derecho de dejar una guarnición en Pignerol y en Casal; el éxito es por lo tanto completo.

En el Imperio Richelieu mantendrá, en la medida de lo posible, su política de prudencia y equilibrio. En 1630, retomando de alguna manera el relevo del rey de Dinamarca, un nuevo protagonista aparece: ambicioso, inteligente, dando prueba de talentos militares que lo ubican por encima de la mayoría de los jefes militares de su tiempo, el rey de Suecia Gustavo Adolfo cosecha en pocos meses grandes logros. Por supuesto, Richelieu utiliza este nuevo adversario del Emperador; en el tratado de alianza firmado en enero de 1631 Francia promete el pago, durante cinco años, de fuertes subsidios exigidos por Gustavo Adolfo. Siempre deseoso de equilibrio, Richelieu no se liga sólo con los estados protestantes: en marzo de 1631, concluye con la católica Baviera una alianza de ocho años. Los fulminantes triunfos de Gustavo Adolfo justifican esta prudencia; luego de haber pensado, quizá, dirigirse a Praga o a Viena, este último marcha finalmente sobre el oeste de Alemania y la región renana, bien cercanas a Francia. En enero de 1632 Richelieu escribe al Rey: "en cuanto al sueco y al español se debe evitar que queriendo rebajar a uno no se eleve al otro al punto de temer a éste. Hay que conducirse con tal prudencia que en lugar de oponer el uno al otro se corre riesgo de comprometerse a la guerra contra uno de ellos, dando lugar a que el otro se agrande . . ."

Debilitar las posiciones de los Habsburgo pero mantener al mismo tiempo el equilibrio de las fuerzas en Europa, tales son los dos primeros aspectos de la política exterior de Richelieu. El tercer punto del tríptico es el beneficio de esa situación para Francia. Del mismo modo que hace ocupar Pignerol obtiene ventajas estratégicas en la Lorena. Esta provincia sobre la que el Emperador y el rey de Francia se reparten una teórica soberanía, era para los españoles o los imperiales un pasaje hacia Champaña. Es también un perpetuo centro de intrigas contra Francia: el hermano de Luis XIII se había refugiado allí y se aprestaba a casar en secreto con una hermana del duque de Lorena. En diciembre de 1631 un ejército francés expulsa del ducado a una guarnición imperial; en febrero de 1632 el duque acepta rechazar cualquier alianza contra Francia y acuerda a las tropas francesas el libre pasaje a través de la Lorena; dos años más tarde las intrigas ofrecen a Francia



1



2

1, 2. Vista de un puerto, *de Claude Lorrain. París, Museo del Louvre* (Falchi).

En las páginas siguientes:

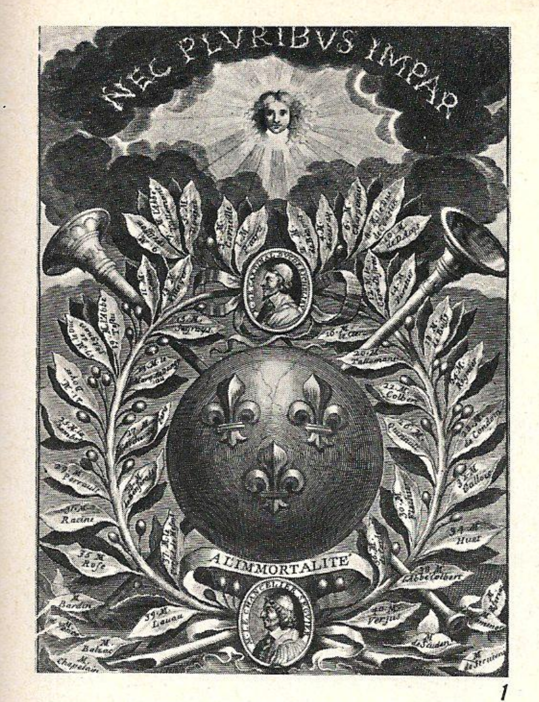
1-5. Grabados alegóricos y emblemas en honor del cardenal Richelieu, protector de las artes y las ciencias. París, B. N., Est. (Ségalat).

el pretexto necesario para anexarse toda la región. En 1648, con los tratados de Westfalia, deberá devolver esa provincia pero, por el momento, Richelieu obtuvo de esa anexión una ventaja estratégica y política incuestionable que ubicaba a las ciudades alsacianas bajo la protección francesa. Éxito en Alemania, en Italia, en Lorena: en algunos años la situación diplomática de Francia gracias a la habilidad política de Richelieu ha dado un completo vuelco; pero el precio de estos éxitos, en el interior, es pesado.

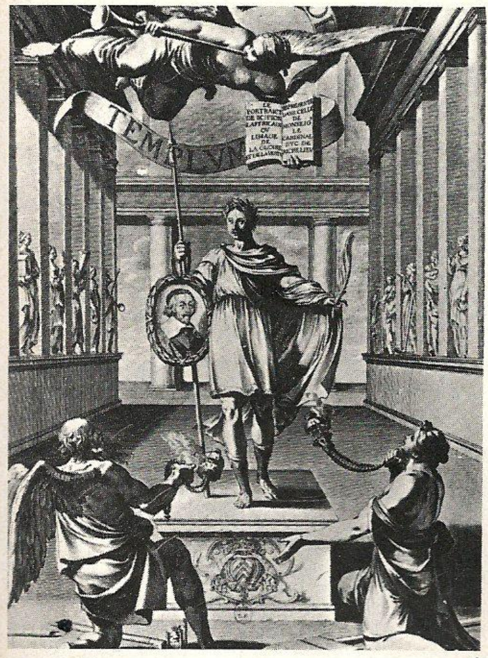
Las dificultades interiores

Al elegir, en 1630, dar su apoyo a Richelieu contra Marillac, Luis XIII ha adoptado sus miras, es decir la prioridad dada al prestigio exterior de la monarquía. Desde entonces es inútil y Richelieu lo señala, tentar esa reorganización general del reino en la cual pensaba al iniciar su ministerio. En cuanto al resurgimiento económico, al desarrollo del comercio, ambos están marcadamente comprometidos por la punción fiscal que se ejerce sobre todo el reino. Esa política exterior cuesta cara, tanto más cara cuando hay que acrecentar los recursos, sin haber tenido tiempo, aparentemente, de hacer desaparecer los vicios de la administración.

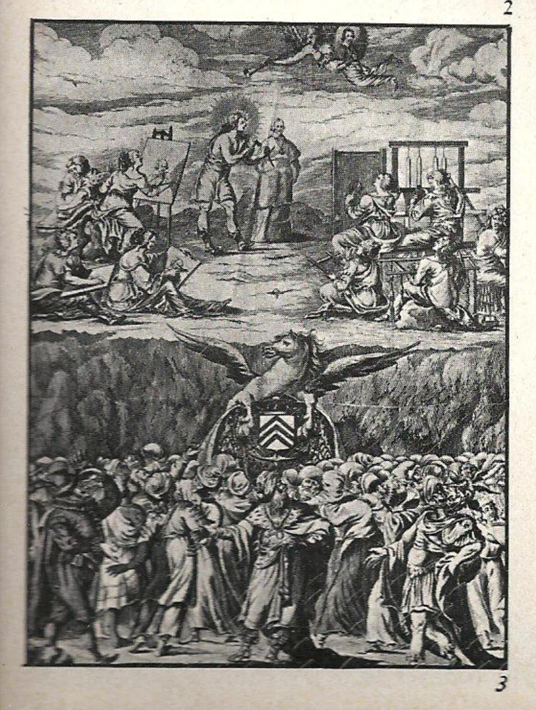
En una muy fuerte proporción, es el pueblo el que soporta esas cargas crecientes que provocan múltiples revueltas. Es cierto que las sublevaciones populares no son privativas de Francia ni de la época de Richelieu; pero su número, su ocasional importancia, contribuyen a dar a este período de la historia francesa una coloración particular. No hay año sin revuelta; después de 1630 se vuelven endémicas. El estudio de sus causas y de sus características provocó estos últimos años numerosas discusiones entre los historiadores. Para algunos, como el historiador soviético Porchnev, nacen de los elementos más pobres de las poblaciones urbanas o rurales; sus jefes, gente del pueblo o aventureros, son improvisados. Dirigidas lo más frecuentemente al principio contra la administración real y los agentes de finanzas muy pronto se vuelcan también contra las otras categorías de poseedores; desde ese momento las revueltas adquieren el carácter de una lucha de clases entre los oprimidos y los poseedores; unánimes estos últimos, al ser amenazados sus bienes, en la condena de los revoltosos. Esta sistematización provocó objeciones, por ejemplo, del historiador francés R. Mousnier quien insistió sobre el rol que tomaron en la lucha elementos extraños al pueblo, y sobre la molicie de las autoridades locales burguesas frente a los revoltosos. Lo que ocurre es que los burgueses también padecen las exigencias fiscales de la monarquía y no se alteran, en tanto sus bienes no



1



2


3

son amenazados, por la presión de una revuelta popular.

Estas dos tesis que deberíamos exponer con mayor amplitud si nuestro tema fuera la Francia de Luis XIII, tiene un punto en común: la importancia de la cuestión fiscal en el origen de la mayor parte de las revueltas y causa agravante en todas ellas.

De esto Richelieu fue perfectamente conciente; hay numerosas fuentes de información que lo atestiguan y en especial la recogida por los intendentes, esos enviados del Rey encargados de una misión más o menos extensa y cuyo número y autoridad se acrecienta hasta llegar, en el reinado siguiente, a constituir una institución estable. Sin embargo, la política de Richelieu no varía: le resulta suficiente estar seguro de la corte, de los jefes de la nobleza –producirán todavía algunas alarmas–, de la burguesía de administración y de justicia constituida por los oficiales o sea todo el sector que no puede presionar demasiado en su oposición al Rey, dado que las tropas reales también lo protege contra las revueltas populares. En definitiva le basta asegurar los cuadros de la nación y conminar, con toda la gama de lo posible, al pueblo a pagar. Por eso, en su consideración, la sublevación que estalla en 1632 en el Languedoc, es mucho más peligrosa que las revueltas populares. También aquí, la agitación es de origen fiscal; pero a ella se agrega muy pronto unua verdadera conspiración que sacude a los cuadros de la provincia. La encabezan el hermano del Rey, Gastón de Orleáns quien vuelve a Francia al frente de mercenarios extranjeros para liberar a Luis XIII –así lo declara– de la tiranía de Richelieu, y el duque de Montmorency, gobernador del Languedoc motivado por oposición política y ambición personal de gran feudal. La revuelta dura poco: muy pronto, Montmorency es vencido y hecho prisionero por las tropas reales; condenado a muerte, es ejecutado en Toulouse. Más aún que la ejecución de Chalais, seis años antes, la de Montmorency, pariente del Rey, sorprendió a la opinión en Francia y en Europa: desde entonces nadie puede impúnemente en Francia oponerse a la autoridad del Rey. Uno de los propósitos principales de Richelieu estaba cumplido.

La marcha hacia la guerra

En el curso de los años siguientes la guerra prosiguió en el Imperio; los principios de la política de Richelieu mantuvieron su vigencia. En noviembre de 1632 la muerte de Gustavo Adolfo, muerto en la batalla de Lutzen, obliga a reconsiderar el juego de las alianzas. Por un momento, Suecia y Francia se esperanzan con Wallentstein, llamado por el Emperador ante la amenaza sueca; aspiraba a vengarse del Emperador y deseaba desempeñar un rol de primer plano en Europa. Sus aperturas hacia Suecia y Francia fueron bien acogidas pero, dudando ante varias políticas elude todo compromiso. A comienzo de 1634, desenmascarado por el Emperador, abandona el ejército que comandaba; algunas semanas más tarde, es asesinado.

El debilitamiento de los adversarios de Fernando II torna cada vez más difícil la prudente política de Richelieu que consiste, en última instancia en combatir al emperador por interpósita persona; nuevamente, el equilibrio de las fuerzas en Alemania está amenazado. En setiembre de 1634, los suecos son derrotados en Nordlingen y Richelieu escribe entonces al Rey: "es evidente que si el partido (protestante) está totalmente arruinado, el esfuerzo de la casa de Austria caerá sobre Francia". Para evitar la desbandada que presume –varios estados alemanes, como Sajonia, firman efectivamente la paz con Fernando II en los meses siguientes– su actividad diplomática es intensa. Nuevamente se firman tratados de alianza con las Provincias Unidas que desea atraer a Francia hacia la conquista de los Países Bajos españoles, y con Suecia que preferiría una intervención armada en Alemania; Francia es el elemento aglutinante de esas alianzas renovadas.

De este modo, los progresos del Emperador, la insistencia de los aliados suecos y holandeses arrastran a Richelieu, a pesar de él, a una guerra que desearía aún rechazar. En mayo de 1635, con el pretexto de socorrer al arzobispo de Treveris, que, luego de entregarse a la protección de Francia, había sido hecho prisionero por los españoles, Luis XIII declara la guerra a España. Richelieu confiaba en que ese pretexto permitiría quizás evitar una ruptura completa con el Imperio; constreñido a la guerra, se negaba por el momento a dejarse arrastrar a una aventura en Alemania e intentaba elegir su enemigo y su teatro de operaciones. La guerra contra España iba a durar cerca de un cuarto de siglo, hasta la conclusión del tratado de los Pirineos (1659).

La conducción de la guerra

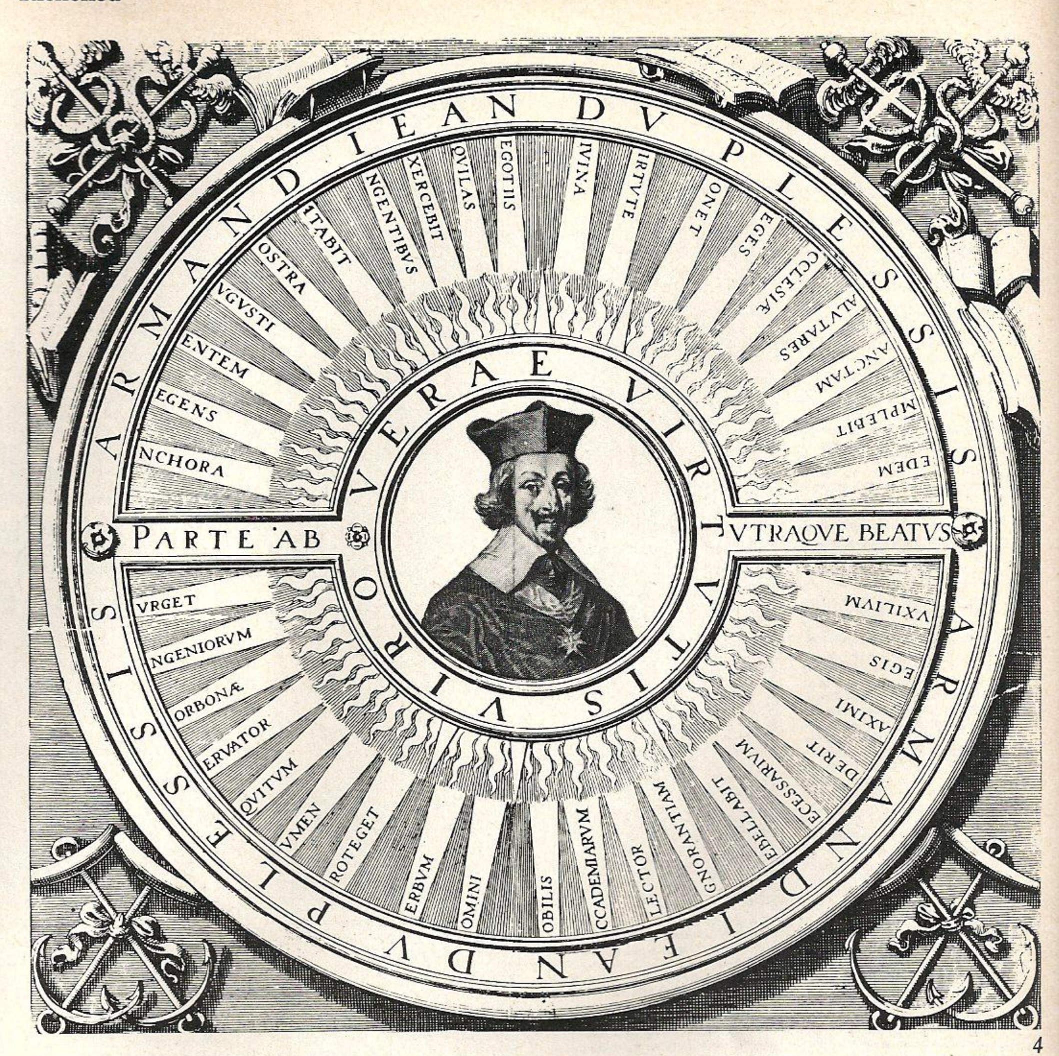
Desde entonces y con mayor intensidad se ocupa casi exclusivamente de la conducción de la guerra y de la diplomacia; se puede pasar rápidamente sobre estos últimos años dado que en ellos no manifiesta ninguna nueva idea pues se esfuerza ante todo por recuperar una situación comprometida. El superintendente de finanzas y el canciller que controla la justicia administran el reino escrupulosamente; Richelieu sólo ansía dinero y que el orden sea mantenido. Dinero por cierto era necesario cada vez más; en ese tiempo de mercenarios nume-

rosos, un ejército sin paga se dispersa en pocas semanas. Para el Cardenal y para el país el año 1636 —aquel en que Corneille hace representar *El Cid*, de inspiración española— es terrible. Francia es invadida por el este, en Borgoña, y por el norte, en Picardía, donde los españoles avanzan hasta Corbie, a algunas decenas de leguas de la capital. Al mismo tiempo son necesarias tropas para reprimir las revueltas que se multiplican especialmente en Angoumois. Hacia el fin del año, sin embargo, amenazados en el norte por las tropas holandesas, en el sur por un ejército reconstituido por Luis XIII, los españoles se retiran: París está salvada.

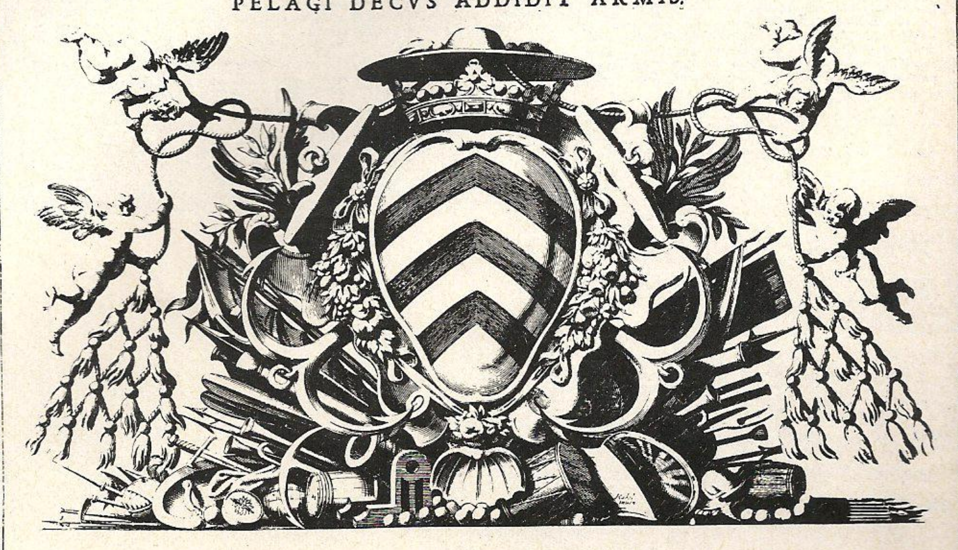
Los reveses continúan en el año siguiente; en algunos meses una parte de las ventajas "que la dulce y prudente" conducta del Cardenal ha obtenido para Francia se ve anulada. En Valteline los grisones, que los franceses, faltos de metálico, no pueden proteger se pasan a los españoles: la muerte de los duques de Saboya y de Mantua arriesga hacer resurgir el problema de la presencia de tropas francesas en Pignerol y en Casal. El nuevo emperador, Fernando III, declara la guerra a Luis XIII sin poder arrastrar a los príncipes alemanes, pero la mayoría de ellos ya ha abandonado la alianza francesa y la política antiimperial sólo es sostenida por Suecia en provecho de un juego personal y por un jefe de mercenarios de alguna envergadura, Bernard de Saxe-Weimar, sostenido por los subsidios franceses. En Italia como en Alemania la política del Cardenal es derrotada. Y, además, se debe luchar en las fronteras, en la del norte permanentemente invadida y en la del sur con la amenaza española.

La guerra, cierta guerra, también hay que hacerla en el interior. Como siempre, Richelieu trata —utilizando a los hombres de letras— de convencer a la opinión cultivada de la justeza de su política. Con el mismo propósito, utiliza la *Gazette*, el primer diario francés, fundado algunos años antes con su aprobación. Lucha contra todos aquellos que se oponen a la guerra; ¿no es sin duda ésta una de las razones del encarcelamiento, en 1638, del introductor del jansenismo en Francia, el abate de Saint-Cyran? En efecto, éste era quien en 1635 había denunciado en el panfleto *Mars gallicus* la política exterior anticatólica, a su criterio, de Luis XIII y Richelieu.

Sin intentar penetrar en la historia del jansenismo, que está recién en sus comienzos, debemos sin embargo señalar que se dieron otras razones para este encarcelamiento que se prolongará hasta la muerte del Cardenal; éste, si bien continuaba apoyando la reforma católica en Francia —se tiene de él un texto de 1637 por el cual se confía a San Vicente de Paul el cuidado de organizar una misión en el dominio de Riche-



4



5

ELOGE D'ARMAND IEAN DV PLESSIS CARDINAL DE RICHELIEV.



1. El elogio del cardenal Richelieu por el escritor Theophraste Renaudot. París, B. N., Est. (Ségalat).

2. El cardenal Richelieu en su lecho fúnebre. Estampa popular. París. B. N., Est. (Ségalat).

lieu–, desconfiaba de las tendencias que enfrentando al Estado estimulaban demasiado la independencia del espíritu religioso. *A fortiori* desconfiaba de manifestaciones que opuestas al rigor jansenista podían ser una causa de desórdenes; contra la brujería, tan frecuente en esa época, desató una persecución que hizo de ella un ejemplo de represión; también sin duda tiene una parte de responsabilidad personal en el proceso más célebre del reino, el caso de Urbain Grandier, acusado sin causa . . . y quemado vivo en 1634.

Entre sus motivos de preocupación se encuentra también la corte cuyas intrigas perpetuas conoce. En 1637 su policía descubre que la reina, muy aislada en la corte y de origen español, se cartea con el enemigo: el 17 de agosto, acusada de falsedad, la reina de Francia confiesa al ministro que ha cumplido con su deber. Entre la reina y el rey se produjo sin embargo una reconciliación estimulada por Richelieu, ante el interés superior de la monarquía; reconciliación que no se limitó a ser oficial . . . puesto que en setiembre de 1638 nacía por fin aquel que se iba a convertir algunos años más tarde en el rey Luis XIV.

En los comienzos de 1638 Richelieu negociaría con buen espíritu pero no a cualquier precio; no quiere renunciar a Lorena ni a Pignerol. De ahí que la entrevista secreta que tiene lugar en mayo en una iglesia de Compiègne entre el Cardenal y un enviado español no ofrece resultado alguno. Al mismo tiempo, por otra parte, se esfuerza en estrechar un sistema de alianza cuya dislocación teme: renueva en marzo contactos con Inglaterra. Empero, en el plano militar ese año de 1638 sólo le aporta desilusiones: en Italia, en la frontera, los ejércitos franceses padecen nuevas derrotas; únicamente, y esto gracias a la acción personal de Richelieu, que tanto ha hecho en favor de la marina, las flotas mantienen el prestigio. Las defecciones, las insuficiencias son castigadas con la más grande energía: el duque de Valette, que no supo apoderarse en la frontera española de la plaza de Fontarabia a pesar de la superioridad numérica francesa y que ha huido a Inglaterra, es ejecutado en efigie; era sin embargo sobrino del Cardenal.

Las últimas luchas

El año siguiente marca el comienzo de la recuperación: los franceses logran algunos éxitos; sin embargo pierden todavía terreno en Italia, donde el Piamonte pasa bajo control de los amigos de los españoles. Igualmente grave es la situación interior en 1639; una de las más grandes rebeliones del reino, la sublevación de los Pies Descalzos, estalla en Normandía; la proximidad de la capital la hace incluso más pe-

ligrosa. Richelieu critica a los agentes de finanzas y se niega a desguarnecer las fronteras para enviar tropas a Normandía; empero siempre sigue solicitando más metálico. En los comienzos recomienda "remediar el asunto de Normandía con prudencia y habilidad". En realidad sólo el empleo de la fuerza recupera la calma; en los comienzos de 1640 el canciller Séguier, apoyándose en tropas extranjeras —los soldados franceses no eran suficientemente seguros—, aplasta los últimos elementos de la revuelta y castiga sin piedad a todos aquellos que de alguna manera se han comprometido en ella.

Para obtener dinero se intenta recurrir a los inmensos bienes de la iglesia de Francia y para obtener algo se amenaza abrumadoramente a la Asamblea del Clero convocada en 1640; ésta, luego de hacerse rogar, acuerda un subsidio de cuatro millones. Pero el descontento es general; España, que sufre a su turno, en 1640, gruesos fracasos militares en Artois, donde los franceses toman Arras, y en Italia, donde recuperan Turín, puede intentar utilizarlo.

Frente a las amenazas de sedición interior, el Cardenal endurece su actitud: en febrero de 1641 impone a los parlamentos un decreto que prohíbe a esas cortes de justicia ocuparse, como lo habían hecho hasta ese momento, de la política seguida por el rey. Mientras todo fermenta en el interior, Richelieu afirma supinamente "que un Estado monárquico . . . no puede tolerar que se comparta su autoridad".

A sus ojos la actitud de la alta nobleza era más temible que la sublevación popular de toda una provincia; España, cuyos reveses y dificultades se acentúan, buscaba explotar los odios y envidias que agitaban a Francia. En la primavera de 1641 un primer complot, subvencionado por España, agrupa con otros personajes importante al conde de Soissons, príncipe de la sangre; en julio de 1641 es muerto en el combate de La Marfée cuando a la cabeza de un ejército extranjero había penetrado en Francia. El año siguiente será aún más grave.

Desde algunos años atrás el Rey, que siempre tenía necesidad de un confidente —lo que el Cardenal, por temperamento, ignoraba—, había hecho la fortuna de un joven noble, Cinq-Mars. Richelieu, que conocía la sensibilidad, la necesidad de afecto de Luis XIII, había apoyado al joven con el propósito de mantener cerca del rey a un hombre seguro. El cálculo no fue feliz: colmado de honores, Cinq-Mars celaba el poderío del Cardenal y la confianza que el rey le entregaba. Repetía al escrupuloso Luis XIII, cuya sensibilidad se exaltaba ante la certeza de la miseria de su pueblo, que Richelieu era la única causa de la continuación de la guerra; incluso proponía no solamente negociar con España ignorándolo sino además asesinarlo. Al mismo



EPITAPHE

PASSANT, je n'oserois presque te dire, qui repose dans ce Tombeau: & j'ay peine à croire moy-mesme, que celuy pust estre mortel qui a fait tant d'actions immortelles. C'est toutefois, LE GRAND ARMAND IEAN DV PLESSIS, CARDINAL DVC DE RICHELIEV: Grand en Naissance, Grand en Pieté, Grand en Esprit, Grand en Sagesse, Grand en Courage, Grand en Fortune, & plus Grand encore en Vertu. Il fut bon Sujet & bon Maistre; & sceut esgallement obeir & commander. Il porta la gloire de son Prince, par tout où il porta ses Armes: & il porta ses Armes, quasi par toute l'Europe. Il n'est point de Rois qu'il n'ait fait trembler, ny point de Throsne où il n'eust fait monter son Roy, si la Iustice n'eut conduit tous ses desseins. Son illustre Nom seulement, mettoit la frayeur dans l'ame, de tous les Ennemis de l'Estat, & la mettra encore, dans celle de leurs Descendans. Si l'on contoit ses iours par ses Victoires, & ses années par ses Triomphes; la Posterité croiroit, qu'il auroit vescu plusieurs Siecles, tant il a fait des Grandes choses: & son Histoire n'a rien à craindre qu'elle mesme; qui estant toute pleine de Prodiges & de Miracles, que l'on ne croit pas aisément; aura peine à persuader aux siecles esloignés du nostre, ce qu'il a veu auec admiration. Comme il fut tousiours equitable il fut toûjours inuincible: & ses ennemis n'ont jamais eu d'autre auantage, que le seul d'estre surmontés par luy. Comme il fut infiniment prudent, il fut infiniment heureux: ou pour mieux dire, il fut infiniment heureux, parce qu'il fut infiniment prudent. Comme il fut iudicieux au choix de ceux qu'il aimoit, il les rencontra ardens & fidelles: & comme il ne manquoit jamais à sa parolle, on ne luy en a jamais guere manqué. La grandeur des euenemens, a iustifié la droicture de ses intentions: & tout l'Vniuers l'a veu, hay de peu, aimé de plusieurs, estimé de tous. Si ses Eminentes Vertus, ont fait quelquefois parler l'Enuie, la Verité l'a tousiours fait taire: & la Médisance n'a jamais esté cruë, non pas seulement d'elle mesme. Il fut le Protecteur de la Vertu, & celuy de tous les beaux Arts: & par vn Miracle inoüy il fit regner les innocens plaisirs de la Paix, au milieu des penibles trauaux de la guerre. En fin sa reputation a esté sans tache: & l'on peut iustement l'appeler, LE SEVL HEROS DES DERNIERS SIECLES. Que te diray-ie encore? sa mort a esté digne de sa vie. Commme il possedoit les richesses, sans en estre possedé; il s'en est detaché sans peine: & a veu le bout de sa carriere auec ioye, parce qu'il y voyoit des Couronnes. Il est mort comme il a vécu, GRAND INVINCIBLE, GLORIEVX, & pour dernier honneur, PLEVRE' DE SON ROY, PASSANT, s'il est possible que tu sois d'vne Clima assez esloigné, pour ignorer ces éclatantes veritez, ne laisse pas de croire. Souuiens-toy, pour n'en pas douter, que l'on ne flatte point les Morts; & que ie n'espere presques plus rien des viuans. Si toute la France ne veut que ce Marbre luy reproche eternellement son ingratitude, elle te confirmera tout ce que i'ay dit DV GRAND CARDINAL. Va, prie, & admire toutefois en priant, Celuy que tous les Siecles admireront. Cette Inscription a esté Consacrée, à l'Eternelle Memoire de ce Grand Ministre, par la moindre de ses Creatures. DE SCVDERY.

ET comme n'ayant desiré aucune pompe funebre, il fut porté de son Palais Cardinal dans vn cercueil de plomb, couuert d'vn poile de velours noir & d'vne grãd' Croix de satin blanc & ses armes en broderie, tenu aux 4. coins par ses pages d'honneur, conduit par ses Cochers & cheuaux couuerts de deuil, & Croix blanches dessus, & suiuis de Messieurs les Mareschaux de Brezé, & la Meilleraye, ses proches parens & d'vn grand cortege de Carosses, plains d'vn nombre de grands Seigneurs, & de tous ses Officiers & Domestiques tenans chacun des Cierges & flambeaux de cire blanche en si grande quantité, qu'il faisoit aussi clair comme de iour, passerent par dessus le pont-neuf, entre 8. & 9. heures du soir, Samedi 13. il fut posé dans l'Ancienne Eglise du College Diuin de ce grand personnage Iean Sorbonne, dont il est Imitateur & Restaurateur d'icelle Maison & d'vne Magnifique Eglise qu'il a fait bastir à la gloire de Dieu, lieu destiné pour l'inhumer.

A PARIS, Par François Beauplet, Libraire & Imprimeur, en l'Isle du Palais, au Signe de la Croix. 1642.

tiempo participaba de un complot que ensayaba confiar, con la ayuda de España, una suerte de regencia general al duque de Orléans. Richelieu llega a sospechar parte de sus intrigas cuando hacia el fin del invierno de 1642 abandona París, a continuación de Luis XIII, para dirigirse al Rosellón, cuya conquista es uno de los grandes propósitos del año. Su salud siempre delicada, cada vez más comprometida por el exceso de fatiga, se ha alterado bruscamente y la del Rey no es mejor; en Europa se aguarda su pronta muerte. En Narbona, el brazo paralizado por los abcesos, Richelieu, atormentado por la inquietud, debe abandonar la comitiva del Rey, que continúa su marcha en compañía de Cinq-Mars. Para éste, sin embargo, la caída iba a ser rápida. Poco tiempo después, en efecto, el Cardenal recibe una copia del tratado proyectado entre el favorito y España; puesto al corriente del hecho, el Rey ni aceptará volver a verlo. Algunos meses más tarde Cinq-Mars será ejecutado en Lyon. El duque de Orléans, hermano del rey, recibirá todavía otra vez su perdón, necesario para la unidad de la monarquía. El asunto dejó rastros en el sentimiento del rey y en el de su ministro; Richelieu incluso habla de retirarse. Ahora bien, Luis XIII tenía necesidad del Cardenal. Francia lograba nuevos éxitos militares; se preveía para el año siguiente la apertura de negociaciones con el imperio; todo hacía por lo tanto necesaria más que nunca la presencia de Richelieu. El Rey se somete pues a sus exigencias: toma el compromiso de no tener más un favorito y acepta el alejamiento de varios oficiales de su casa. Empero, entre el Cardenal y el Rey reconciliados la unión es ahora sólo el resultado de la razón. Richelieu no puede olvidar que el Rey no ha ejecutado a un hombre —no lo ha hecho todavía— que le proponía asesinar a su ministro y Luis XIII no le perdona haber sido la causa indirecta de la pérdida del favorito. En esa atmósfera enrarecida la muerte va a poner fin a una colaboración de dieciocho años. El 29 de noviembre, Richelieu cae nuevamente enfermo; tres días más tarde la pleuresía no puede ser controlada. Cuando el rey se acerca a verlo, Richelieu le recomienda a aquel que desde la muerte del padre Joseph es uno de sus consejeros más escuchados, el cardenal Mazarino. Dos días más tarde, el 4 de diciembre de 1642, Richelieu se apaga luego de haber recibido los últimos sacramentos. Algunos meses más tarde, en mayo de 1643, Luis XIII lo sigue a la tumba.

A su muerte numerosos problemas persisten. Si los protestantes no tienen ya la posibilidad de formar ese estado en el Estado que denunciaba Richelieu, la alta nobleza está siempre pronta para sublevar su clientela y retomar a la monarquía una parte de sus poderes. El nuevo rey sólo tiene cinco años; ¿puede acaso pretenderse una mejor ocasión? De este modo, los diez años siguientes verán crecer esta presión de los privilegiados, parlamentarios o nobles, que culminará en la gran crisis de la Fronda. Las revueltas populares, por el contrario, ignoran el cambio de reinado: después, como antes, la misma sucesión de sublevaciones estalla por doquier. La situación exterior, para la cual el Cardenal ha sacrificado tanto, se mejora; pero es necesario esperar, en 1643, la victoria de Rocroi para que se insinúe un vuelco durable.

Y sin embargo, a pesar de sus apariencias, los dieciocho años del ministerio de Richelieu son decisivos en la historia de la monarquía francesa. Sería abusivo, es verdad, atribuir el mérito sólo al Cardenal: más allá de los individuos, otras fuerzas sociales, económicas, políticas, culturales incluso, se dan con la misma tendencia que es la de una unificación progresiva del reino y la del resurgimiento de su posición en Europa. Lo que guía a Richelieu, apasionadamente devoto del principio monárquico, es la razón de estado confundida con el servicio del rey. Es eso lo que empuja a ese cardenal de la Iglesia romana a apoyar la causa protestante contra los muy católicos Habsburgo; apoyando la continuación de la guerra, Richelieu acelera el debilitamiento de una Alemania cada vez más devastada y dividida que es, con esa potencia militar francesa que se anuncia en Rocroi y con además la decadencia de España, una de las causas esenciales de la preponderancia política de Francia en la segunda mitad del siglo. En el interior se obstina en vencer, más allá de los prejuicios de su medio de origen, todas las fuerzas centrífugas, todos los elementos de debilitamiento: hugonotes, nobles, parlamentarios, comunidades urbanas... Igualmente se esfuerza en desarrollar la autoridad y la eficacia del Estado, de imponer en la medida de lo posible la ley del rey: esta idea que lo guía está en el origen también del desarrollo de los primeros intendentes como de la fundación de las compañías de comercio o de la Academia francesa.

Este esfuerzo de unificación, de racionalización, es también el de una época: los años de Richelieu son los años del *Discurso del método* de Descartes, los años donde la lengua y las costumbres —al menos en las capas de la sociedad que participan de los beneficios de la cultura— se pulen y se fijan. En marcha hacia el clasicismo, Francia es un árbol que se talla despojándolo de los viejos particularismos, las fantasías o los privilegios locales. Este movimiento, Richelieu lo ha apoyado con todas las fuerzas que le confieren sus vastos poderes y el aparato de un Estado que ha contribuido a desarrollar. Haber comprendido la necesaria evolución del tiempo y por ende haber sido uno de los motores de ella es la verdadera grandeza de Richelieu y es lo que hace de él un incuestionable protagonista de la historia. Esa Francia en mutación que pasa progresivamente del estadio feudal al de la monarquía absoluta fue la arcilla que él transformó con todas sus fuerzas. Continuada por los hombres de su equipo —ante todo por Mazarino—, la obra será proseguida y a pesar de las dificultades explica en sí misma la grandeza de la primera parte del reinado siguiente.

Bibliografía

La historia de Richelieu es inseparable de la historia general de Francia de la primera mitad del siglo XVII y la bibliografía que le concierne es por lo tanto enorme. Nos limitaremos a citar algunas obras particularmente importantes, generales o recientes, remitiendo al lector a información más amplia en las bibliografías abundantes de estas dos obras: V. L. Tapiè, *La France de Louis XIII et de Richelieu*, 2ª ed., París, 1967. R. Mandrou, *La France des XVIIè et XVIIIè siècles*, París, 1967; manual de enseñanza superior cuya bibliografía, muy actualizada, señala todas las obras importantes y recientes de estos dos siglos de historia francesa.



CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA

Publicación semanal



Periódicamente -y por una suma muy accesible- Ud. podrá canjearlos por magníficos volúmenes encuadernados.

Están en venta todos los números anteriores para formar la colección completa.

Conserve y coleccione los fascículos de

LOS HOMBRES de la historia

*en perfecto estado**

Precio de venta				
	ARGENTINA: $ 140.-	CHILE:	GUATEMALA:	PARAGUAY:
	BOLIVIA:	REP. DOMINICANA:	HONDURAS:	PERU: S/. 18
	COLOMBIA: $ 7.-	ECUADOR:	MEXICO: $ 5	PUERTO RICO:
	COSTA RICA:	EL SALVADOR:	NICARAGUA:	URUGUAY: $ 90